UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket

TURA-VICTRIX

PART TITLE

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.C679
N3

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00045697717

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/naturavictrix00cova

Natura Victrix

Rafael de la Cova

MCMXIII
Lit. y Tip. del Comercio.
Caracas.

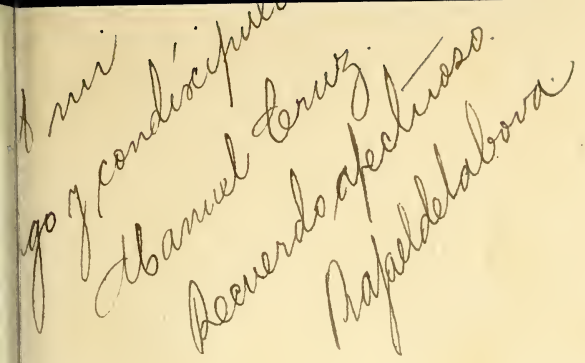
PQ8549
mJ .C679
N3

RAFAEL DE LA COVA

NATURA VICTRIX

LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
CHAPEL HILL

Caracas
LIT. Y TIP. DEL COMERCIO
1913



A QUIEN LEYERE

Hace ya varios años que escribí las páginas que en seguida van a leerse. Creía, sincera e íntimamente, allá en el fondo de mi conciencia, desechando hipocresías que son gala de la flaca humanidad, que eran una como estratificacion de mi criterio filosófico-literario, una expresion genuina de cuanto juzgaba yo en esa época orientacion definitiva de mi espíritu. Mera ilusion! En el decurso de los días nuevas formas del pensamiento se bosquejaron en mi camino mental, haciendo flaquear los entusiasmos que para la lucha en general me animaban, poblando de tintes indecisos el horizonte de mis ideas, enantes despejado, y trocando los antiguos arrestos en suprema indiferencia, hasta para aquellas manifestaciones que más he amado, intelectualmente hablando. Apenas si hoy en día una triste sonrisa pliega las comisuras de mi boca ante todo, persuadido como creo estar de

9342- 85

que vano es y breve aun aquello que más categóricamente pueda afirmarse. Y es por esa honda indiferencia, especie de parálisis de la voluntad, fronteriza de la misantropía, y reveladora, tal vez, de un lento proceso patológico en el funcionalismo de los centros nerviosos, por lo que mi espíritu, fatigado de ahondar sin llegar a ninguna parte, sin alientos ni para el bién ni para el mal, arrastrado a su pesar por las más contradictorias corrientes, ha sentido, en ciertos momentos, algo como una inexplicable regresion a la Creencia, penetrando al fin en una atmósfera nebulosa e indefinida, bajo cuya influencia, aun no creyéndose en nada, puede llegarse a creer en todo.

De ahí tambien que por sobre el manuscrito del presente libro, compañero de otros muchos papeles en mis peregrinaciones desde extrañas tierras hasta el áureo corazón de Guayana, haya corrido más de un lustro sin que se publicase, cual si quisiese atestiguar la realidad de los vaivenes mundanos y la suma de inercia y desencantos que así la universal vanidad como el curso perenne y deleznable de las cosas humanas, siembran en el alma del hombre, eterno niño presto siempre a todas las alucinaciones.

1913.

PRIMERA PARTE

I.

I

El templo estaba resplandeciente. Las luces, al chocar con los prismas de las arañas, refulgían, tomando un aspecto encantador. Cuanto la piedad puede hacer estaba hecho. Los arcos ostentaban guirnaldas de flores, luces, banderolas con imágenes sagradas, adornos de seda finísima. Una variedad infinita de objetos que seducían el sentimiento piadoso de los fieles. Los altares lucían adornos y emblemas, según el santo a que estuvieran consagrados. El púlpito, una joya artística, estaba casi oculto bajo ramos, banderas y atributos de la Iglesia. Hasta la inmaculada paloma que simboliza el Espíritu Santo desaparecía en un mar de flores como si quisiera, amorosa, anidar allí.

Desde la puerta mayor hasta el fondo se extendían dos hileras de sillas, a derecha e izquierda, por en medio de las cuales sería conducida en procesión triunfal la Santa Virgen, cuya efigie distinguíase de pie sobre elegante peana, y millares de bujías, que hacían resplandecer sus ropas, recamadas de piedras preciosas, atestiguaban el fervor general. Se encontraba, se-

gún decían, admirable. Un nimbo de santidad rodeaba su cabeza, un efluvio de amor se escapaba de su sér. Estaban sus brazos levantados como en actitud de rogar a su Divino Hijo por esta pobre humanidad y sus ojos despedían una mirada dulcísima que llegaba al corazón.

En todo palpitaba una magia exquisita. Podía afirmarse, con razón, que era el triunfo absoluto de la piedad, de la belleza y del amor.

Y ello en justicia, tratándose de una solemnidad en honor de la Madre de Dios, organizada, además, por el padre Zabaleta.

Si satisfechos sentíanse los fieles, más lo estaba este virtuoso sacerdote.

Todas sus facultades las había puesto al servicio de la Religion Católica y en la presente fiesta ansiaba patentizar su celo infatigable.

El triunfo de la Virgen era su propio triunfo.

Faltaba poco para la hora del sermón, que sería pronunciado por el mismo padre Zabaleta. Mientras ésta llegaba se retiró a la sacristía y desde allí, por una rendija que el acaso había hecho, contempló la iglesia.

En aquellos momentos presentaba una apariencia casi fantástica. Los sombreros de lujosas plumas, los trajes de seda, los abanicos de diversos colores, todo era un abigarrado conjunto teatral. Y luego, el codearse de hombres y mujeres, las miradas provocadoras, las risas mal contenidas, las inclinaciones de muchos al reconocerse.

Algunas damas fingían leer en sus libros de misa y, por sobre ellos, buscaban con interés a algún favorecido.

El sacerdote miraba todos los detalles y se sentía

satisfecho. La rumbosidad era extraordinaria. ¡Y era él quien había organizado aquello!

Venían a su memoria ciertas festividades del Vaticano.

El instante del sermón llegó por fin.

El corazón del padre Zabaleta palpitó con violencia, no por temor, sino porque previamente gozaba con el éxito que iba a obtener. Bien sabía que los oyentes le admiraban, que cuchicheaban entre sí sobre sus dotes, y todo lo agradecía en nombre de Dios.

Cuando se dirigía al púlpito, acompañado de algunos clérigos amigos, sus ojos se entornaban melancólicamente, su faz mostraba una mezcla de compuncion y vanidad y su paso era mesurado.

Los hombres se apartaban para abrirle camino, las mujeres recogían sus faldas.

Próximo ya a la cátedra divina estuvo a punto de sufrir un desvanecimiento. ¿Qué experimentaba? Había llegado hasta él un perfume que no desconocía. Sí; era el mismo. Se sintió turbado, lleno de emocion. ¿Por qué? Porque le recordaba algo a que estaba ligado. En efecto, tratábase de una de sus hijas de confesion más asiduas, de cuya proximidad al confesonario caía en cuenta por aquel perfume y por la calidad de los pecados, que eran dulces pecadillos de amor.

Mas, ¿por qué esa turbacion, cuando su alma era casta, con castidad inconmovible?

Logró dominarse y, despues de la invocacion acostumbrada, comenzó el sermón.

Nada más hermoso, ni más patético, ni más convincente que esa oracion sagrada.

Hablaba de la Virgen y hacía relacion de sus vir-

tudes, de su pureza, de sus merecimientos. Y resonaba su voz desde la altura con dulzuras ignotas, acordes melódicos, acentuacion sugestiva. Además, su mirada ora relampagueaba, ora caía sobre la concurrencia con languidez tentadora. Tambien influían en los ánimos sus movimientos.

De vez en cuando dejaba caer, cual una lluvia de perlas, raudales de poesía, y se detenía para luego proseguir. A medida que avanzaba el fuego era mayor. Dirigía a la Madre de Misericordia frases de ardiente amor, de pasion inextinguible. Quería consumirse bajo el calor sacrosanto de su culto. Dirigíale las palabras del Cántico de los Cánticos, impregnadas en su fantasía de nuevo ardimiento. Por último, dijo que el pecador podía dirigirse a Ella, por más empedernido que fuese, en la conviccion de que su intercesion era segura.

Y concluyó con una súplica al consuelo de los afligidos, a la Reina del Empíreo, a la casta Esposa de José.

Al descender de aquel santo lugar todas las miradas le solicitaban ansiosamente, todos los corazones palpitaban por él y no había quien no alabase su elocuencia, su piedad y hasta la noble belleza varonil con que Dios lo favorecía, para dar más esplendor al culto.

A su regreso a la sacristía vióse precisado a experimentar nuevamente la anterior emocion, pues el mismo perfume mundano llegó otra vez hasta él.

Oh! Qué amargura aquella!

Sin embargo, como "la hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios", esto era dispuesto quién sabe con qué fin.

Las moléculas de semejante extracto habían penetrado en su sér, haciéndole sufrir cruel zozobra.

Al siguiente día la prensa católica hablaba con entusiasmo de aquella nueva jornada de la Fe y tributaba al eximio levita el homenaje que merecía por sus virtudes, su saber y su acendrado amor a María.

II.

II

—Bienvenido seas—exclamó con dulce voz una hermosa mujer, viendo entrar en la sala de su casa a un caballero como de treinta años.—¿De dónde sales que ya se notaba tu ausencia?—Y con monísimo ademán agregó: Dos días sin verte!

—He estado enfermo. Bien lo sabes. Hoy salgo por primera vez.

—De veras?

—¿Crees que de lo contrario habría podido pasarla sin estar a tu lado?

Y así diciendo le tomó las manos.

Ella le indicó un asiento y comenzaron a hablar sobre la fiesta de esa tarde.

—Y qué te pareció?

—Bellísima, admirable. Pocas veces he visto alguna parecida. Me encantó. Creí encontrarme en un teatro.

—Oh! Henrique, siempre con tus ideas!

—No creas, Susana, que es impiedad. En el fondo todas las fiestas tienen el mismo carácter: opulencia y

vanidad; pero opulencia y vanidad que me agradan profundamente, pues soy partidario del boato.

—Te repito que eres terrible. Al fin va a penetrar en mi alma, quizá, el veneno de la incredulidad y tal hecho sería para mí fuente de profundo desconsuelo.

—Y doña Antonia?—preguntó él, cambiando de conversacion.

—Salió hace poco; fue a ver a una vecina que está enferma. A mamá le gustan todas esas cosas. Es tan buena, la pobre.

Henrique se alegró de una ausencia que le concedía amplias libertades y dijo a Susana:

—Sentémonos en este confidente. Me trae tantos recuerdos.

—Aquí fue donde reclinaste en mi pecho, en día lejano, tu bella cabeza de poeta, cual si ansioso estuvieras de sufrir el fuego que lo consume e interpretar el verbo de sus latidos.

Susana era hija única de una señora viuda, entregada por completo a las prácticas religiosas, en lo cual era imitada por su hija, quien, al igual suyo, pertenecía a varias cofradías, era devota de Santa Rita —abogada de los imposibles—y del glorioso San Antonio. Tenía en la Santa Capilla su hora de adoracion al Santísimo y nunca faltaba a ella.

Nada de esto era impedimento, sin embargo, para sus amores con Henrique Gogorza, bardo que cantaba, como Lucrecio, en estrofas inmortales, pródigas de belleza, asuntos opuestos a la Religion.

Poco tiempo hacía que había obtenido un premio en un certamen, segando nuevos laureles.

Susana estaba orgullosa de él, quien, por su parte,

encontrábase satisfecho, pues veía en ella deseos verdaderos de complacerlo.

Bien conocía Henrique el corazón de la mujer y exclamaba con el gran poeta inglés: "Es pérfida como la ola."

No olvidaba sus antiguos y frenéticos amores con Jorge, un hermano de Hector Zabaleta, su mejor amigo, el cual, por ser un buen muchacho, estuvo a punto de morir cuando supo que ella lo engañaba.

Siendo él un refinado, un artista, no solicitaba amor ideal sino amor voluptuoso, y Susana se lo brindaba. Henrique estaba convencido de que el amor no tiene más fin que la union de los sexos y, por ello, se reía compasivamente de los que amaban como había amado el cándido Jorge.

El ruido de una puerta los distrajo en su idilio, presentándose doña Antonia, quien al ver a Henrique le dijo:

—Ay! amigo mío, no sabe cuánto he rogado hoy por usted. Quiero que un destello de Dios lo ilumine.

Susana hizo una señal a Henrique con la mirada y él exclamó, pausadamente:

—Ya comienzo a ser iluminado. ¿No es cierto, Susana?

Doña Antonia pasó a su cuarto y a poco estuvo de nuevo en la sala, con un tomo de la *Vida de los Santos.*

Se puso sus anteojos y, de espaldas a ellos, comenzó a leer aquella importantísima obra.

—Te aseguro, Henrique, que tus celos son infundados—decía en voz baja Susana.

—Sin embargo, teniendo en cuenta la condicion de la mujer, ¿qué de extraño tendría que me engañases?

—Eres demasiado cruel juzgándome así. ¿Cómo hallar un hombre como tú, hermoso, inteligente, bravo?—y al decir así, se inclinaba hacia Henrique, envolviéndolo en un hálito turbador.

El no respondió, pensando:

—Vamos, cree en mis celos, los que le indican que me tiene dominado.

Entornó los ojos y la dijo:

—Dime ¿quién era la guapa señora que estaba contigo en la iglesia?

—La esposa del doctor Robles, quien acaba de llegar de Europa. Cómo la encuentras?

Comprendió Henrique la oportunidad de interesarla y dijo:

—Ah! Es muy bella. ¡Feliz hombre, que tan preciosa mujer posee!

—Pues te equivocas. Nada tiene de feliz, porque es muy coqueta y llega, según afirman, a faltar a sus deberes conyugales.

Henrique sonreía en su interior, viendo cómo Susana quería denigrar de su amiga.

Despues ella agregó:

—Cómo que has sido flechado?

—Casi, casi.

De pronto Susana dió un pequeño salto, asustada cual una corza.

—Qué es?

—He creído que algún animalillo andaba entre la manga de mi vestido. Ah! pícaro, eras tú!

Henrique, en efecto, había introducido la mano por la amplia manga de su vestido y le hacía ligeros cosquilleos a lo largo del brazo.

Sus brazos, como ella misma decía, constituían un

tesoro. Eran torneados, alabastrinos y los cubría un fino vello que Henrique se complacía en tocar suavemente.

La vida religiosa de Susana no era parte a impedirle sus placeres, pues si algún pecado había en ellos, bastábale confesarlo para que le fuese perdonado. Ella tomaba las cosas por el lado menos triste. Se divertía, gozaba. Luego se las vería.

Doña Antonia recordaba que lo mismo hacía ella en su época y con razón pensaba en que llegaría un día en que Susana, si no se casaba, entregaríase por completo a la Religion.

La piedad es el refugio de las mujeres cuando la edad las obliga a alejarse del mundo. Entonces ponen en Dios el amor que enantes pusieron en el hombre y el buen Dios, quieras que no, se ve constreñido a aceptar.

Susana, sin embargo, estaba más sumergida en las prácticas de la Religion que lo que estuvo doña Antonia en iguales años, lo cual era en ella resultado de su temperamento. Sus actos envolvían una gran sinceridad. Con amor, parecido en lo intenso, besaba el paño del comulgatorio y los sitibundos labios de Henrique.

La atmósfera del templo tenía para ella particularidades emotivas de fuerza, tanto más vivas cuanto que muchas veces se encontraba allí con Henrique, a quien contemplaba de lejos, envolviéndolo en una mirada incitante.

Caía de rodillas, elevando las manos con fervor hacia Dios, la Virgen y los Santos.

Cuando el incienso subía, en odorantes nubes, complacíase en aspirarlo voluptuosamente.

Al cabo de largo rato se puso Henrique en pie y

al despedirse de Susana prometió buscarla en el sitio donde acostumbraban reunirse para ciertas correrías.

Doña Antonia estaba tan distraída en su lectura, que no reparó el movimiento hecho por Henrique. Iba, casualmente, por las páginas inimitables donde era narrada la vida de una santa doncella que prefirió ver cortadas las magnolias mirílicas de sus senos, antes que renegar de Jesucristo.

Henrique se aproximó a ella y le tendió la mano.

—Cómo! ¿Tan temprano se va usted?

—Sí, mi querida doña Antonia. Estoy indispuesto; temo una recaída.

Mientras Henrique atravesaba el zaguán Susana ganó la ventana para verlo salir y para darle el último adios, externado en besos y caricias, como es casi general costumbre en los enamorados de Caracas.

El se alejó lentamente, pensando que en achaques de amor conviene dejar que los sucesos marchen y se desarrollen por sí mismos.

Ella, en cambio, quedó preocupada para seguir pensando en él. De cierto tiempo a esta parte estaba tentando un asunto lisonjero que, apenas bosquejado, era ya causa eficiente de su satisfaccion.

III.

III

Serían las nueve de la mañana y aun no pensaba el padre Zabaleta en levantarse, llenando de angustia a Teresa, antigua sirvienta de la familia, quien le asistía en la casita que él habitaba, contigua al templo.

Contra su costumbre permanecía en cama, lo que hacía pensar a Teresa que aquello era consecuencia de las fatigas del día anterior.

Se acercó de puntillas hasta una ventana del cuarto y, haciendo un esfuerzo para enderezar su encorvado cuerpo, miró hacia adentro.

El espectáculo que vió la dejó asombrada.

El niño Ernesto, como lo llamaba para sí, estaba acostado con todas sus ropas. Sobre una silla, próxima a la cama, se veían un libro abierto y una vela casi consumida.

—¿Qué significará esto? ¿Habrá pasado mala noche? Mejor es no despertarle.

Y fuese a preparar lo necesario para cuando se levantara.

El sacerdote, en efecto, había sufrido grave insomnio.

Cuando llegó a su casa, despues de la fiesta, tomó una ligera cena, fumó el acostumbrado tabaco y, más tarde, previas sus oraciones nocturnas, se acostó.

Pero inútilmente quería dormir, pues un sobresalto inexplicable le había invadido.

Creyó que sería resultado de la agitacion; pero a poco percibió un olor exquisito que provocaba en su organismo un raro efecto.

Comenzó con una oracion y terminó con otra. Tan profunda era la indisposicion que sentía.

Viendo que su permanencia en el lecho sólo servía para exaltar sus nervios, se puso en pie, hizo luz, vistióse y se asomó a una ventana que daba al jardín del patio.

Quería aspirar aire libre, por ver si lograba sentir sueño.

En tanto que su mirada vagaba en la inmensidad, contemplando las lejanas estrellas, efluvios del jardín subían hasta él.

Terrible situacion!

Se levantaba para librarse de un perfume y encontraba aromas parecidos.

Su corazón subió hasta Dios, impetrándole apartara de sus labios aquel cáliz de amargura.

Hasta entonces había vivido purísimamente, sin que la tersura de una mejilla le turbara, sin que el resplandor de unos ojos le cautivase.

Cayó de rodillas, elevó la mirada a lo Alto y dijo con voz entrecortada:

Oh! Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué te has olvidado de mí? Acude en mi auxilio,

desciende hasta este pobre pecador. Yo, que tánto te he amado; que he mantenido vivo el fuego de tu amor; que he sufrido tánto por tí, ¿voy, por desdicha, a dejar de adorarte, descendiendo al cieno de la materia? ¿Qué virus ponzoñoso ha intoxicado mi alma? ¿Qué espada de iniquidad ha traspasado mi corazón? ¿Qué íncubo maligno se ha adueñado de mí? ¿Qué sombras oscurecen mi conciencia? ¿Qué hiel desconocida amarga mi vida?

Oh! Dios mío! Ten piedad de mí. Permite que un destello de tu frente me ilumine; deja que una palabra de tu boca me redima; has que un átomo de tu infinita caridad me convierta; concede que me consuma el fuego de tu amor.

Tú, que dijiste a Lázaro "Levanta" y Lázaro se puso en pie; Tú, que a la mujer adúltera dijiste: "Vete en paz y no peques más"; Tú, que permitiste a María, la de Magdalo, lavar tus pies y enjugarlos con sus cabellos; Tú, que volviste la vista a Longinos cuando al herir tu sacro costado le bañó el rostro tu propia sangre; Tú, que apareciendo a Saulo le preguntaste "¿Por qué me persigues, Saulo?" vas a dejarme perecer? ¿Vas a permitir que quede seco el raudal de mi piedad y abandonada el ara de tu culto?

¿Por qué me persigue esa mujer? ¿Por qué llega hasta mí su perfume? ¿Por qué clava en mí sus negros y ardientes ojos?

Oh! Dios mío! Sé misericordioso. Has un nuevo milagro. ¿O acaso me has puesto a prueba? ¿Quieres perderme o salvarme? *Fiat voluntas tua.*

Despues permaneció arrodillado, con la frente apoyada en el vano de la ventana.

Y quedóse adormitado, contemplando visiones en

las cuales el demonio de la carne triunfaba ruidosamente sobre el angel de la castidad.

Ya muy tarde volvió en sí y, tal como estaba, se echó en el lecho, despues de apagar la vela, que tocaba a su fin.

Por eso Teresa lo había hallado con todas sus ropas.

Por fin despertó, haciendo ruido al levantarse.

Atraída por este ruido se acercó Teresa y tocando suavemente a la puerta preguntó con cariño:

—Cómo ha pasado la noche? Le sirvo el desayuno?

—Sí—contestó él, respondiendo solo a la segunda pregunta.

Iba Teresa al interior de la casa, cuando llegó doña Carmen, la madre del sacerdote.

—Y Ernesto?—preguntó.

—Se está levantando — contestó Teresa con respeto.

—Levantándose a esta hora!

—Sí, señora. No tuvo buena noche.

—Pero es posible que no me avisaras! Qué tiene? Cómo se encuentra?

Y corrió a la habitacion de Ernesto, presa de mortal angustia.

Doña Carmen era viuda de un respetable y distinguido caballero que, a su muerte, le legó una regular fortuna, mermada más tarde por varios pleitos que perdió.

Había quedado con cuatro hijos, Hector, Jorge, Ernesto y Luisa, quienes eran su imponderable tesoro, decía, repitiendo las frases de una célebre romana.

Todos sus esfuerzos tendieron a que los varones

siguiesen una carrera. Anhelaba que Hector fuese abogado, Jorge médico y Ernesto clérigo.

Para su criterio era una honra altísima que hubiese un médico en la familia, aunque sólo fuera apto para recetar a sus enemigos, como alguien aconsejaba, irónicamente, a un facultativo; así como tambien un abogado, a pesar de que sus conocimientos no pasaran de saber coser un expediente y recitar de seguida diez o más artículos de cualquier código, a semejanza de la mayoría; pero, en fin, serían doctores, palabra que hería sus oídos gratamente.

Sus esperanzas salieron fallidas por lo que fue a Hector y Jorge, quienes no siguieron sus inspiraciones. Sólo Ernesto concluyó los estudios eclesiásticos, ordenándose al cabo. Desde entonces ocupó el primer lugar en su corazón, que bien merecido lo tenía, pues fue el único que satisfizo sus aspiraciones. Cómo no iba a adorarlo? En su amor había hasta una dosis de egoísmo.

Jorge casó con una prima, despues de sufrir un desengaño de Susana, y vivía en La Guaira, donde estableció un negocio mercantil, al que consagraba, por entero, sus desvelos y facultades.

Hector no pensaba ni en amar ni en ser amado. Dedicaba su vida a escribir novelas de riguroso análisis psicológico, que eran para su familia causa de pena, pues tan pronto como aparecían las condenaba la Autoridad Eclesiástica por ser contrarias a las creencias católicas.

Luisa llevaba una existencia alejada del mundo y con muy escasas relaciones.

No obstante su modo de ser, Hector tenía tratos con la familia, porque su altruismo spenceriano le ha-

cía ver con indulgencia las opiniones de los suyos, en las cuales miraba, redivivos, la herencia y el atavismo.

Escribía según el concepto que de todo tenía formado; pero a nadie trataba de imponer sus conclusiones, pensando que en estos tiempos de completa libertad intelectual es muy ridículo el papel que algunos representan queriendo poner vallas al pensamiento.

Doña Carmen habitaba en la parte alta de la ciudad, hacia La Pastora, donde siempre le había gustado vivir, por la pureza del aire y la salubridad del clima.

Hector tenía en casa de ella su habitacion; pero amando la libertad, había alquilado una casita, lejos de allí, donde vivía muy a su sabor.

Aturdiendo a Ernesto con cariñosas preguntas estaba en el cuarto doña Carmen.

Al hablarle estrechaba sus manos, palpaba su frente, miraba sus ojos. Por sí misma quería cerciorarse de que era una leve indisposicion lo sufrido por el hijo más amado.

Y quedó tranquila, porque del minucioso examen nada dedujo que pudiera preocuparla, aunque exteriormente; que si hubiese penetrado al interior habría retrocedido con espanto, contemplando el estado de aquel infeliz.

Y a poco se dirigió al comedor en compañía suya.

Una vez allí tomó asiento frente a él y comenzó a hablarle.

—Dime, hijo mío. ¿Estás satisfecho por el triunfo de ayer? Fue abrumante, único. Si supieras el gozo que inunda mi alma cuando oigo decir: Todo es obra del padre Zabaleta. No es verdad? Jamás podré dar cumplidas gracias al Todopoderoso, que com-

pensa con tus actos los sufrimientos que me causa Hector.

—Pero madre. No te acuerdes de cosas tristes. Sufro viendo retratarse en tu semblante el dolor. Me duele verte padecer. ¿Por qué te empeñas en hablar de eso? Sé feliz, madre mía. No se nublen tus ojos, ni pronuncien tus labios amargas palabras.

—Es verdad, hijo mío. No hablemos sobre el particular.

Y así lo hacía, creyendo satisfacer a Ernesto, cuando era ella la satisfecha, pues olvidando sus pesares no pensaba sino en lo que le era grato.

Se aproximaba la hora del almuerzo cuando se despidió doña Carmen, llevando en el corazón noble y profunda alegría. Alejábase con el mayor contento, sin pensar que en aquellos momentos ahogaba entre sus brazos, al hijo predilecto, la invencible sensualidad.

IV.

IV

—En la vida no queda al hombre de alta intelectualidad más camino que la indiferencia, querido amigo—decía Hector Zabaleta a Henrique Gogorza.

—Así lo creo.

—Y, ciertamente, despues de recorrer con el pensamiento las etapas diversas de la Historia, habiendo visto triunfante en todos los sitios del globo el principio del mal, al mismo tiempo que perdidos en la nada los esfuerzos hechos por almas generosas, no puede el filósofo menos que convenir en lo infructuoso de la lucha.

Desde los orígenes mundiales, la horda primitiva, las primeras sociedades, hasta las más refinadas civilizaciones, ora pasadas, ora presentes, se ve, palpablemente, que en los altos y bajos de la vida, en el flujo y reflujo de las entidades llamadas pueblos, se repiten los mismos acontecimientos, y de manera irrevocable.

Es un encadenamiento sucesivo, sometido a leyes incontrastables, que, por consiguiente, no permiten modificar a deseo las cosas de la existencia.

Contemplando desde la altura de la completa libertad de pensamiento la evolucion humana, se ven desfilar lentamente pueblos, cosmogonías, religiones, instituciones, costumbres, en constante batalla entre sí, creyéndose cada una poseedora de la anhelada fórmula de la felicidad; se ven los esfuerzos titánicos que hacen en ese sentido y contrista ver que es en vano cuanto llevan a cabo, ya que ella no parece ser legado de la humanidad, que tiene, como única herencia en el campo de su actividad, contradicciones sin número y dolores sin fin.

Por semejante causa, y teniendo en cuenta lo infinitamente pequeño del sér que con necio orgullo se titula rey de la creacion, cuando no es sino un primate perfeccionado, brotado espontáneamente de la tierra, que casi puede afirmarse conserva aún la dureza de cuando era un inconsciente habitador del bosque y la caverna, es por lo que mi espíritu ha hecho de la indiferencia una religion.

—En verdad, caro amigo, la indiferencia es un consuelo, pues por virtud suya no somos heridos por los sucesos.

—A consecuencia de todo esto veo en los placeres el arcano de la posible felicidad.

Es tan corta la vida del hombre, tan desgraciada su condicion, sus conocimientos tan limitados, tan estériles sus sacrificios, que deben aprovecharse en el gran deleite los breves años del vivir, mientras regresamos al seno de la genuina madre, a formar parte de su germinacion eterna y a contribuir con nuestros átomos a la magna evolucion del Gran Todo.

—Es cierto, Hector. Con razón ha dicho el maes-

tro "Creo, al fin, que solo el libertino entiende el sentido de la vida."

—Y ya que me hablas del divino Renan, quiero traer a tu memoria un recuerdo. ¿Te acuerdas del efecto que hizo en nosotros, hace años, la lectura de la *Vida de Jesús.* Oh! Hay impresiones que tardan en borrarse, si es que se borran. Esta es en mí una de esas. Siempre tendré presente cómo sucedió. Me hablabas de esa obra en la Universidad, diciéndome que conocías algo de ella. Te dije que en la biblioteca de mi padre se hallaba y te prometí buscarla. Una vez en casa me encaminé a la alcoba de mi difunto progenitor y cogí el libro. Cuán bello me pareció! Estaba lujosamente encuadernado. Ví de nuevo el título, sugestivo y profundo, y repetí, *Vida de Jesús.* Presuroso volví a tu lado y devoramos, más que leímos, sus páginas. Quedé cautivado por el estilo incomparable del sincero escritor y por el espíritu de indecision que lo anima.

—Despues volvimos a leerlo en tu casa, recuerdas?

—Sin duda, y aun está grabado en mi mente un detalle de entonces. Mi padre, que había muerto hacía algunos años, era un hombre de amplio sentido filosófico, como he podido apreciarlo por no pocos actos de su vida. Estaba su cuarto enriquecido, entre otras cosas, por un retrato suyo magnífico, debido a un pincel glorioso. La mirada, los rasgos de la fisonomía, todo era de él. Pues bien, cuando comenzamos la lectura dió la casualidad de que yo levantara la vista y me pareció ver animarse su rostro. Resplandecían sus ojos, hallábase su frente como iluminada por una idea grandiosa. Experimenté un gran consuelo viendo que mi

padre, desde la tumba, parecía impulsarme a estudiar, a saber.

—Ah! Querido amigo, qué grata sugestion. ¡Feliz tú que puedes hablar así de padre! Yo no conocí el mío. Tal vez tuve varios. En cuanto a madre, tampoco guardo noticia de ella. Un día entró a Caracas un muchacho flaco, descolorido, hambriento. Sucias y rotas tenía las ropas, los zapatos destrozados. ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿A qué lugar se encaminaba? Días atrás salía de un lugarcillo del interior, fugado de la casa en que servía, huyendo de los castigos con que lo martirizaban.

En la capital, haciendo de mandadero, vendiendo periódicos, pudo, miserablemente, sostenerse.

Como vivía en las imprentas fue adquiriendo conocimientos tipográficos.

Más tarde cambió su vida. Un soplo de felicidad parecía llegar sobre él. Obtuvo un premio en una lotería alemana. Desde esa fecha dejó de ser el joven con los codos zurcidos, el calzado remendado, cortos los pantalones e irreconocible el sombrero, que pasaba las noches con un componedor en las manos o inclinado sobre largas tiras de papel corrigiendo pruebas. Fue el señorito que viste bien, que va a la Plaza Bolívar, que se levanta a las ocho, que monta en coche.

Las mismas personas que antes esquivaban su roce, le solicitaban ahora.

Entonces te conocí en la Universidad Central, donde asistías, como yo, a un curso libre.

Nuestra amistad fue franca y cordial, con tanta mayor razón cuanto que nuestras aficiones literarias y filosóficas eran parecidas. Dichosos días!

Y, diciendo esto, tomaron el camino del Panteón,

en cuyas cercanías estaba la casa de Hector, que era algo así como un dechado de comodidad.

Esta deliciosa casita, su *turris eburnea*, como la llamaban, era el centro de sus reuniones.

Se ofrendaba allí en honor de la gallarda Minerva, de la inmortal Afrodita y del consolador Baco.

Por doquier lucían tiestos con variadas flores, redomas con lindos pecesillos, parásitas raras.

En algunos rincones había pebeteros que, con frecuencia, eran encendidos, derramando en el ambiente suaves olores.

En la azotea hallábase un *kiosco*, completamente cubierto por tupida enredadera.

Un precioso jardín, poblado de arriates, ostentaba toda la belleza de sus flores y todo el encanto de una eterna primavera.

Del techo pendían jaulas en las que prisioneros alados cantaban sus amores.

En medio del jardín se destacaba una estatua de mármol, representando una gloriosa mujer desnuda, cuyos pezones daban salida a dos chorrillos de agua, que caían en menuda lluvia.

En la sala se hallaban varios canapés convidando al reposo.

Las paredes estaban adornadas con cuadros que eran copias de célebres lienzos y retratos de hombres célebres, entre los que se veían Spinoza, Maquiavelo, Bourget, Nieztche, Darwin, en una palabra, los más conspicuos representantes del pensamiento humano.

En una repisa un busto de Renán, con bonachona sonrisa en los labios y velada expresion de ironía en el conjunto.

Diríase que bendecía aquella mansion de la duda, donde tanto se gozaba leyendo una página de Voltaire como una apología de Tertuliano, una oracion de Bossuet como un diálogo de Luciano.

El retrato de Bourget ostentaba la frase que este profundo analista ha tomado por divisa "Tomadlo todo; pero dejadme las almas."

Frontera a Rénan veíase una efigie del dulce Rabí de Galilea, cual si dijese: Oh! Breton admirable. Eres de los pocos que han sabido interpretarme. Tú me has amado en espíritu y en verdad.

Tal era la mansion de Hector, adonde iban aquellos dos seres que, a pesar de no creer en la amistad, eran buenos amigos; que no obstante ser escritores no se envidiaban y para quienes solo eran momentos de íntimo gozo los que se deslizaban estando juntos, en esa habitacion, donde detenían su vuelo áticas abejas.

Entre tanto, habían llegado y, al entrar, se descubrieron, cual si penetrasen en algún templo.

Y con verdad que era aquel un templo en donde se rendía culto a la genuina expresion de la libertad mental, a los dulces goces que inundan los sentidos de suave calor y a la suprema fraternidad humana.

V.

V

—Quiero leerte, Henrique, mi último trabajo.

—¿La novela de que me has hablado?

—Sí. Le he dado los últimos toques y pasará a la imprenta próximamente.

—Y has pensado en las desazones que puede ocasionarte. En un medio como el nuestro, limitado, estrecho, no pueden plantearse ciertos problemas, porque muchas personas se creen esbozadas en los estudios del escritor. No se halla el criterio de la mayoría lo suficientemente ilustrado para apreciar con entera claridad tus ideas y tu método. Se formará un escándalo, se te anatematizará desde el púlpito y el periódico, muchas casas te cerrarán sus puertas, innúmeras personas huirán de tí. ¿Por qué no escribes con menos apasionamiento?

—Querría hacerlo; pero me es imposible. Además, no me preocupan ni los odios ni los anatemas. Si no hubiese individuos que dijesen lo que sienten y piensan ¿habrían llegado las Ciencias, la Filosofía y las Letras al estado en que se encuentran? Mi libro es el estudio

de un caso de determinismo presentado bajo la forma de novela. Si en ella analizo, desgarro, trituro, mía no es la culpa, sino de la realidad, que copio.

—Convengo en parte; mas, dándosete un bledo la humanidad, creo que no debías tomar tan a pecho las cosas.

—Ciertamente. Sin embargo, te haré notar que para escribir con inspiracion es preciso sentir. Debes, igualmente, saber que esos instantes son fugaces en mí. Por momentos salgo del escepticismo que me devora; pero a poco caigo de nuevo en él.

Y comenzó la lectura.

Paseándose de un extremo a otro del cuarto, sujetaba en la diestra, nerviosamente, las cuartillas. Su voz tenía vibraciones extrañas y tonos desconocidos.

El análisis que imperaba en la obra era despiadado. Todos los sentimientos que animan al hombre aparecían descarnados. Mirábanse, al descubierto, la vanidad, el egoísmo, la envidia, el orgullo, el lucro, la abyeccion, la infamia.

La criatura del buen Dios aparecía en todo su esplendor.

Hector mostraba tambien el origen y desarrollo de las ideas religiosas, su encadenamiento histórico y la ninguna necesidad de ellas.

Pasaba despues a las ideas de moral y demostraba que todo es relativo, convencional.

Combatía el matrimonio, predicaba el divorcio.

Probaba la inutilidad del esfuerzo y la irresponsabilidad de los actos del hombre.

Por último, hacía ver que la existencia de éste es resultado fortuito de las combinaciones de la materia

y la energía, sin partir de ningún lugar, dirigirse a ningún fin, ni obedecer a ninguna ley preestablecida.

En la obra vibraba un viento huracanado que pondría temor y espanto en las almas timoratas.

Con razón pensaba Henrique que sería recibida bajo los peores auspicios.

Cuando acababa de leerse ¿qué consuelo brindaba al lector? El placer.

Hector había sido religioso, y no halló en ninguna Religion lo que su cerebro y su corazón solicitaban. Frecuentó la alta sociedad, y se retiró de ella desagradado; cultivó relaciones con la clase media, y sólo encontró vergüenzas que cubrir; trató la baja, y experimentó nuevo horror. Por doquiera fraude, mentira, frivolidad, apariencia, vacuidad de meollo, presuncion de suficiencia, consagracion de ineptitudes. Entonces, abrumado de pesar, se entregó al estudio y al deleite. Y así vivía. No se ocupaba de nada ni de nadie. Estaba aislado, contemplando la vorágine mundial y felicitándose por haber escapado de ella. Consideraba muy dichosos a sus hermanos, quienes llevaban una vida apacible. Uno, consagrado al servicio de un Dios en que él no creía; otro, entregado a su mujer, engendrando un hijo o dos por año y vendiendo frutos menores al detal; y Luisa, al lado de la madre, sin pensar en nada, como ella.

—Es terrible tu libro. Va a causar una revolucion.

—No lo creas, querido amigo. No es la nuestra una tierra donde un libro puede hacer una revolucion.

—Pero es que esas ideas, envueltas en tu estilo claro y vibrante, tienen que influir en los ánimos, lle-

vando a ellos el convencimiento de que es cierto lo afirmado.

Y el tema del libro pasó, comenzando ellos a hablar de otros asuntos.

—Dime, Henrique, ¿cómo está la bella Susana? ¿Sigues aún los amores?

—¿Crees posible que pueda vivir sin ella?—repuso Henrique con sorna.—Es mi ideal, mi consuelo. Qué mujer! Bien hizo Jorge, despues de su fracaso, en olvidarla, pues le habría hecho un desgraciado.

—Sin embargo, estás firme como un centinela.

—Ya lo creo, si me proporciona momentos de indecible gozo, porque has de saber que es ardiente y voluptuosa como hay pocas. Posee un carácter muy raro. Si vieras la piedad con que combate mi indiferentismo religioso!

—Me hablas cual si realmente estuvieras muy enamorado. Cuidado, Henrique. La mujer es tan pérfida como el hombre o más que él. Recuerda lo que ha dicho Schopenhauer: "Una mirada, una caricia, un soplo de ella son peligrosos, porque envuelven más tentaciones que una noche nupcial."

—Estás hablando con un sentido admirable que acepto y aplaudo; pero siempre es placentero saber que hay alguien que se ocupa de uno, que le halaga, que le ensalza. No es cierto?

—No afirmo lo contrario. Es mi único deseo impedir que de pronto te veas cogido en las redes de esa coqueta.

Y a propósito, ¿serás el único amante que tiene en la actualidad?

—Es lo más probable, pues la veo muy a menudo y no he observado el menor signo que me señale un

rival. Si amase a otro no me preocuparía. Conoces el concepto que tengo del amor y la facilidad con que me curo de él.

—Es que hay pasiones que van, poco a poco, adueñándose de uno, sin ruido, sutilmente, hasta que llega un momento en que esclavizan sin compasion. Pobre de tí, si llegas a ser domeñado por un corazón femenino!

—Veo que ocupo en tu afecto lugar de preferencia; pero me imagino, francamente, que hay exageracion en tu modo de ver esto. Créeme, si tengo amores con Susana es solo por pasatiempo. Encuentro en ella un *spécimen* magnífico de la curiosa mezcla de una gran corrupcion y una exaltada piedad. Susana es una mística pervertida. Sería capaz de extremecerse voluptuosamente de rodillas ante el altar. En algunas oportunidades se la forja mi fantasía como una hieródula, cubierta con transparente velo, que rinde homenajes a Milita, ostentando la sagrada magnificencia de sus carnes y cumpliendo, piadosamente, los ritos de su culto, en la ansiosa ebriedad de los sentidos.

—Extraño temperamento, digno de ser estudiado por un patólogo del alma.

—Por qué no escribes algo sobre ella? Sería de vivo interes.

—En efecto; pero... tengo tántas cosas por escribir.

Hector preparó el exquisito licor del cafeto, obsequió a su amigo y salieron, tomando la direccion de un hotel donde con frecuencia comían.

VI.

VI

Hay amores que invaden al sér humano lentamente, sin que éste se dé cuenta de ello y venciendo muchas veces hasta ciertas antipatías. Son fenómenos que tienen origen en lo más profundo del instinto.

Esto había pasado con el padre Zabaleta y Susana.

El sacerdote la detestaba, pues conocía la dolorosa aventura ocurrida con Jorge. No obstante eso, como la madre era una de sus hijas de confesion en quien hallaba una piedad acrisolada y un entusiasmo grande por todo lo relacionado con la Religion, no se atrevía a demostrarle su aversion.

Susana encontraba en él, lo mismo que el sacerdote en ella, una dualidad: en el templo era el respetado párroco, en la calle el hermano de su ex-novio.

Cuando Susana manifestó a doña Antonia el deseo de hacer su confesor al padre Zabaleta, ésta experimentó viva complacencia, pues sería un guía espiritual envidiable, que iluminaría desde entonces la mente de Susana, sembrando en ella, con sanos consejos y reflexiones, la semilla del bien y la virtud.

Doña Antonia habló al sacerdote sobre el particular y él repuso que lo pensaría, dándole respuesta en breve.

Sufrió el padre Zabaleta una grave inquietud con lo que se presentaba en su camino.

Tuvo intenciones de negarse, y casi lo resolvió; mas, hé aquí que pensó en la falta que envolvería su negativa, por lo cual le fue necesario sostener una lucha.

De una parte se presentaban a él los sucesos que mediaron entre Jorge y Susana, las acciones de ella que conocía, haciéndole juzgar imposible que fuese su padre espiritual. De otra, el cumplimiento de sus deberes, trayendo a su memoria las palabras de Jesús: "Si no he venido a curar a los enfermos ¿a quién he de curar?" Sí; no podía dejar perecer esa alma, estando él allí para salvarla. ¿Qué valía su personalidad ante el divino ministerio?

El sacrificio se consumaría aunque fuese cruento.

Y el padre Zabaleta recibió, a poco, la confesion de aquella hermosa y frágil pecadora.

Las primeras confesiones tuvieron un carácter casi hostil, a pesar de los esfuerzos del joven párroco, que ansiaba ser, no el juez implacable que condena sin piedad, sino el pastor amante que redime con mansedumbre.

En el decurso de varios meses tuvo oportunidad de modificar su juicio sobre ella. Sus faltas no eran mortales y, sobre todo, tenían un tinte que las hacía perdonables sin dificultad.

Sin él darse cuenta se trocaba la antigua animadversion en un aura caritativa que envolvía a la pecadora, haciendo ver al sacerdote que bien merecía com-

pasion quien no poseía la suficiente fortaleza para no dar su brazo a torcer.

Hallábala tan sumisa, tan confiada en la infinita bondad de Dios, que sentía nacer en su corazón raudales de conmiseracion.

Muchas veces la había escuchado, a través de la reja del confesonario, sollozando ante la vergüenza de ciertas faltas. Entonces le dirigía palabras de consuelo y de perdón.

Susana mostraba un arrepentimiento que luego desmentía con sus recaídas en el pecado.

En algunas oportunidades decía al sacerdote que por las culpas dolorosas de su vida era indigna de Dios.

Y su voz llegaba a oídos del padre como un suave murmullo, como un lejano rumor musical.

Preciso era apiadarse de ella, y con mayor razón siendo representante de Aquel que dijo: "Si tu hermano te falta una vez, perdónalo; y si te falta ciento, tambien."

Y el cura se desataba en elocuentes consejos y en citas relacionadas con lo que sucedía.

Juzgando que sería a los ojos de Dios altamente meritorio salvarla, se consagró a hacerlo.

Era Susana la hija de confesion a quien más aconsejaba, la que aguardaba con muy vivo interés, la que permanecía mayor tiempo en el tribunal de la penitencia.

A sus plantas la veía deshojar la roja flor del pecado, sintiendo que un espíritu de piedad se apoderaba de él.

Al cabo de algún tiempo observó que sentía por ella gran deferencia; que esperaba, cuidadoso, el mo-

mento de su llegada; que ninguna voz resonaba en sus oídos como la suya.

¿Por qué le sucedía esto? Sería, sin duda, a causa de ser la más próxima al peligro, al mal.

Y continuó en su obra, que era obra de misericordia infinita.

Repetiría a esa paralítica moral las palabras de Cristo: *Surge et ambula.*

Cierto día en que no la vió aproximarse, en que su perfume predilecto no lo turbó, sufrió una nostalgia indefinible, una mortificante inquietud, sin poder dar con la causa.

Esta vez, inconscientemente, puso triples penitencias a sus otras confesandas, induciéndolas a creer que las faltas cometidas eran más graves que de ordinario.

Pasó las horas contrariado, sin saber por qué, pues no se imaginaba que la ausencia de Susana era lo que alteraba su sér.

Al siguiente día, muy de mañana, entró a la iglesia y, dándose a sí mismo el pretexto de examinar ciertas cosas, estuvo recorriendo todos los ángulos del templo, por ver si veía a Susana en alguna parte. Pero su esperanza quedó desvanecida.

En esta ocasion dijo la misa muy apresurado, automáticamente.

En una de las veces en que se volvió hacia los fieles, para decir *dóminus vobiscum,* divisó a doña Antonia y a Susana. Respiró con libertad y experimentó ligero alivio.

Al terminar la misa se dirigió al confesonario, ante el cual estuvo a poco Susana arrodillada.

Despues de estar en su cuarto, habiendo visto y escuchado a Susana, sintió un regocijo profundo.

El aguijón de la naturaleza estaba clavado en su pecho.

Entonces comprendió las frases de caridad que le dirigía, los consuelos que la prodigaba y los consejos que le daba.

Vió claramente que todo era amor, y no amor místico, sino amor humano, lleno de pasion insana y de deseo execrable. Su vida, hasta la fecha, había sido ejemplar, sin tener ni una sombra de pecado. Citábasele como un modelo digno de imitacion.

Si alguien hubiese penetrado en su habitacion le habría hallado de rodillas, orando con fervor y derramando amargas lágrimas. Y habría escuchado que al levantarse exclamaba como en la cruz el soñador ideal de Nazareth: "Consummatum est."

¿Qué sucedía, en tanto, en el corazón de Susana? ¿Sentía, igualmente, nacer y desarrollarse una pasion?

Desde hacía algún tiempo observaba que la rigidez primitiva del padre Zabaleta desaparecía, siendo reemplazada por un sentimiento muy diferente, que la hacía preguntarse qué podía ser aquello.

Con gran perspicacia comprendió que había logrado interesarlo, llegando a hacerle olvidar los agravios inferidos a su hermano; pero aquí tropezaba con una pregunta a la cual no podía responderse ¿lo que ella sorprendía en él, era fruto sincero de su parte, o era causado por la dualidad de cuya existencia estaba convencida?

No podía explicarse esto bien; pero se consagró a observar los detalles de la confesion, a analizar cada una de las frases del sacerdote, a escuchar su trémula voz al aconsejarla, y dedujo que lo sentido por él debía ser algo que superaba a su mision.

Todo halagó su vanidad y, desde entonces, se dió a la tarea de hablarle con mayor dulzura, expresarle sus pensamientos con una fraseología pomposa y hacerle consultas sobre íntimos actos de su vida, mundana y sensual.

Y miraba, satisfecha, que ejercía influjo sobre el sacerdote.

Oh! Mujer! ¡Qué destino irreparable el tuyo, que presenta por doquier los más vivos contrastes! No se puede vivir sin tí, ni contigo. Exaltas y humillas, elevas y envileces. Cada una de tus palabras es, o fuego que prende el corazón o cierzo que lo hiela; cada una de tus miradas encarna un idilio o una elegía; cada uno de tus actos es un consuelo o un desengaño.

Y Susana continuó por esa vía, sin compadecerse del pobre sacerdote.

Al fin, sin embargo, sintió por él verdadero agrado. Ya sentía germinar en ella los ardores del amor.

Fue entonces cuando se fijó en su persona. Era un hombre de gallardo aspecto, trigueño, de mirada serena, pelo ensortijado y frente espaciosa.

Susana vió con placer que era un buen mozo.

Pensó en su elocuencia, su saber, sus virtudes y creyó que sería una dicha el ser amada por un hombre semejante. Sería una cosa extraordinaria que la haría experimentar nuevas sensaciones, a ella, que tan amiga era de lo raro, de lo que revistiese alguna originalidad.

Y un día, para cerciorarse plenamente de lo que juzgaba una verdad incontestable, no fue a la iglesia.

Al otro día llegó en mitad de los oficios, arrodillán-

dose donde el padre Zabaleta la viera al decir *dóminus vobiscum.*

Fijó en él sus ojos y notó que los del sacerdote relampaguearon, en plena exultacion.

Luego, al confesarse, quedó confirmada su creencia, por las raras preguntas que la dirigió y por la emocion que lo embargaba.

¿Qué se proponía Susana? Ella misma lo ignoraba, impulsada, como obraba, por lo inevitable.

VII.

VII

—A los pies de usted, señora—dijo, tendiendo la diestra a doña Carmen de Zabaleta, Henrique Gogorza, quien acababa de penetrar en la sala, precedido por Hector.

Saludó, con ademán distinguido, a las personas allí reunidas, que eran, por cierto, escasas.

Se encontraban, en primer lugar, Jorge, su esposa y sus hijos; Luisa, la señora Maneiro y sus dos hijos, Carlos, de veintitrés años y Leticia, de dieciocho.

Era la señora Maneiro una antigua amiga de la familia, casada con un señor muy apreciado que prestaba sus servicios en un Ministerio desde hacía muchos años y que, en la actualidad, gozaba de una jubilacion.

Asistía por ser de grande intimidad.

Tratábase del día de Luisa, que su madre había querido celebrar con un modesto almuerzo.

Por eso tambien estaba presente Jorge, quien se vino de La Guaira la víspera. Estaba contentísimo, pues hacía mucho tiempo que no veía a la familia.

Igualmente concurría la joven y hermosa señora

Galindo, cuyo marido se encontraba, actualmente, ocupado en una Aduana de la República, sin haberse atrevido a llevarla consigo, porque no le prestaba el calor sofocante que hacía en ese puerto.

El único que faltaba era el sacerdote, que había ofrecido llegar a hora oportuna.

A poco se generalizó la conversacion.

—Y cree usted—decía Luisa Teresa, la esposa de Jorge, a doña Carmen—que este año será numerosa la peregrinacion a Maiquetía?

—Oh! sí. Día por día es mayor la onda de piedad que se expande de Caracas a todo el país. Sé de personas que vendrán de Ciudad Bolívar, Maracaibo y San Fernando de Apure. Siéntese satisfecho el corazón con esas demostraciones de catolicismo.

Estarás en cuenta, mejor que yo, de algunos milagros que se han efectuado. Conozco a una señora que tiene una prima de la cual es amiga una joven que estaba muy enferma y, según me ha dicho, con un viaje al venerado santuario se ha curado por completo. Desde esa fecha siempre tiene a la mano agua de Lourdes y la toma por cucharaditas.

¡Ojalá sean innumerables los peregrinos, porque nada hay tan consolador como contemplar la exaltada fe de una nacion!

—Esta tierra es esencialmente católica, lo que sucede es que algunos espíritus descarriados quieren alejarla de esas grandiosas creencias—terminó Luisa Teresa, bajando la voz para no ser oído por Hector y su amigo.

Pensaba, al mismo tiempo, que si la próxima peregrinacion era formidable, serían pingües las ganancias

de Jorge, pues él establecía, durante esos días, una sucursal de su negocio en Maiquetía.

Entre tanto, entablaban animada conversacion en otro ángulo de la sala Hector y la señora Galindo.

—¿No cree usted que es una felicidad para un hombre hallar en la vida una compañera como usted?

—Oh! Hector. Creo que sus palabras son pura galantería, pues conozco su modo de pensar y he leído los escritos suyos. ¡De qué diversa manera escribe usted sobre las mujeres! Me resisto a creer que quien así habla, sea el mismo autor de algunas páginas que he leído.

—Señora... no ignora usted que en todo hay excepciones: ninguna regla es absoluta, como nada lo es tampoco. ¿Qué tiene de extraño que sea usted la adorable excepcion? Además, el escritor no está obligado a proceder como escribe. Una personalidad es en sus libros y otra en su vida.

—Efectivamente; pero, sin embargo, siempre he creído que puede juzgarse de un autor por sus obras.

—Sin duda; mas, no radicalmente, pues uno escribe a veces cosas que no cree. ¿No ha visto usted, hace poco, al poeta García escribiendo, por probar la fuerza de su numen, sobre un asunto en el cual no cree? Hay que apreciar tambien otra cosa. La mayor parte de los lectores se dan a pensar que los sentimientos de los personajes puestos en escena por un novelador son los de éste, lo que es una idea sin fundamento.

Ella aparentaba estar muy interesada en la conversacion, aunque ya estaba sin comprender nada; así fue que dijo a Hector, para cambiar de tema:

—¿Por qué no abre usted una ventana? Hace un calor asfixiante. ¿Quiere complacerme?

—Con verdadero gusto.

Y fue a dejar satisfecho su deseo.

De paso se fijó en el grupo que los otros formaban.

Jorge tenía la palabra y hablaba de sus negocios.

—Es increíble. Las ventas han disminuido horriblemente y los gastos aumentan sin cesar. Figuraos que ya tengo tres hijos y no sé adonde iré a parar.

—Afortunadamente se habla de una empresa que traerá al país capitales extranjeros—dijo la señora Maneiro, preguntando a Henrique:

—¿No es cierto, señor Gogorza?

—Algo he oído; pero no estoy bien informado, pues usted sabe que me encuentro alejado de todo movimiento político.

—Ah! Tan poco patriota es usted?—repuso con voz de falsete, complaciéndose en herir a ese poeta por el cual experimentaba inexplicable antipatía.

—El tiene razón, mamá, pues vive consagrado a las Letras—dijo Leticia.—Y hace bien, porque sus versos son muy bellos.

Henrique le dió gracias, preguntándola:

—¿Ama usted la poesía?

—Pregúntelo usted a mi hermano. ¿No es cierto, Carlos, que adoro los versos?

—Sí, eres apasionada por ellos y lo aplaudo. Nada hay como una estrofa que evoque en el alma dulces añoranzas y que halague el oído con el suave ritmo de su metro.

Henrique tendió la mano a Leticia, diciéndole:

—Si hasta ahora saludaba en usted la gentil amiga, de hoy más saludaré tambien la hermana en Letras. Ave, Leticia.

Complacida estrechó la mano del poeta y exclamó:

—No sé cómo es que Luisa, según me dice, no admira la poesía!

Y dirigiéndose a ella, añadió:

—¿Qué te gusta más, el verso o la prosa?

—La prosa, sin la menor vacilacion.

Sin embargo, no lo decía sino por contrariar a Henrique, a quien era adversa por ver en él al hombre que contribuyó a separar a Hector de la comunion católica.

Henrique guardó silencio ante la terminante declaracion; pero no así el hermano de Leticia, que dijo:

—No lo creo. Es imposible que la delicadeza femenina prefiera la prosa.

—Sin embargo, amigo mío, hay que observar que la prosa bien escrita, mezclando lo antiguo y lo moderno con arte, está llena de sutilidades y bellezas como el verso. Los maestros del estilo llegan a provocar, con su prosa vibrante y deslumbradora, sensaciones semejantes a las del verso. Y hago esta declaracion a pesar de considerarme poeta.

Luisa correspondió la afirmacion con forzada sonrisa y dijo:

—Cuando lo confiesa usted mismo ¿qué más tengo que decir?

Doña Carmen se presentó con un obsequio para los invitados.

Ya era hora del almuerzo y el padre Zabaleta no llegaba, llenando de intranquilidad a la madre.

Por fin apareció.

En su semblante resaltaban las huellas de los sufrimientos que le aquejaban. Así lo comprendió doña Carmen y le preguntó por el estado de su salud.

—Ha sido una tontería. Estoy un poco mal de los nervios.

—Ernesto debía venirse para acá por algún tiempo—dijo Luisa.

—Verdaderamente—asintió Luisa Teresa, siendo secundada por todos los concurrentes.

La comida se efectuó en medio de la animacion general.

Sólo el sacerdote estuvo silencioso y, según creyó notar Hector, un poco sombrío.

Cuando concluían fue la conversacion a dar en un tema gastado: el amor.

—Oh!—decía la señora Maneiro.—El amor es el complemento de la vida. Sin él nada es bueno. ¿Hay, acaso, algo más santo que una pareja unida ante Dios y los hombres, dando al mundo renuevos de su misma carne y de su sangre misma? El ha creado al hombre y a la mujer para amarse y unirse bajo el palio glorioso de su bendicion.

—En efecto—dijo Jorge—es consolador tener en la existencia un sér que nos comprenda, que nos ame, que sea otro yo. Y este sér es la santa esposa, la madre de nuestros hijos.

—A pesar de eso—observó la señora Galindo—muchas veces no pueden asimilarse por completo esos dos seres y entonces...

—No, amiga mía. Tal cosa no acontece sino cuando la mujer no ha estudiado previamente al hombre con quien va a casarse—dijo doña Carmen.

—Sí—agregó la hija de la señora Maneiro—todo está en escoger con tino.

—Creo que el problema lo resuelve el acaso—dijo Hector.

—Lo mismo pienso yo—agregó Henrique.

Durante esta conversacion había guardado silencio el cura, embargado por pasionales recuerdos. Susana imperaba en su corazón, en su cerebro, en todo su sér. Y estaba obligado a ocultarlo en el fondo de sí mismo!

—Y usted qué piensa padre?—preguntó de pronto la señora Galindo.

—Todo está en manos de Dios y a nosotros no nos es dado sino tener resignacion a cuanto disponga.

A los pocos momentos pasaban los hombres al departamento de Hector y las mujeres íbanse a la sala, a continuar su charla interminable.

La señora Galindo, sentada al lado de Leticia, le decía:

—¿Qué te ha parecido la esposa de Jorge?

—Ah! No me digas. Si es feísima! Se ha puesto peor con los hijos, a pesar de que era muy desgraciada de físico cuando soltera.

—Te fijaste en el peinado? Qué ridículo! Debía poner más atencion en su tocado.

—Y el traje? Qué me dices de él? Nada tan churrigueresco he visto. No sé cómo Hector no se avergüenza de esa cuñada, que es una verdadera caricatura.

—Se avergonzará; pero, qué ha de hacer!

Aquí iban en el amistoso análisis de Luisa Teresa, cuando ella entró en la sala, solicitando un asiento con la vista.

—Véngase usted para acá—exclamaron a una voz las dos amigas, haciendo sitio en el sofá en que estaban.—Acompáñenos usted, querida amiga, que nos sentimos tan complacidas cuando está a nuestro lado.

En medio de ellas se sentó Luisa Teresa, dándoles gracias por su cariño y amabilidad. . . . . .

. . . . . .

Las brisas de la tarde, perfumadas, agradables, soplaban sobre Caracas cuando los obsequiados retornaban a sus casas.

VIII.

VIII

—Hija mía, hija mía—decía el padre Zabaleta a Susana, que acababa de confesarse y aun no se había alejado del confesonario.

—¿Qué, padre?

—Pierdes un alma. Enciendes en santo corazón un fuego infernal.

—No le comprendo, padre—decía Susana con voz lánguida, aunque sólo deseaba que hablase con más claridad.

—Oh! No me comprendes, hija mía; pero fuerza es decírtelo, porque es en aras de un cristiano.

Hay un hombre que tiembla al verte; que se estremece al escuchar tu voz; que suspira al recordarte. Ese desgraciado te adora. Tú lo conoces y con frecuencia le hablas.

Ah! hija mía. ¿Por qué detienes en él tus miradas? ¿Por qué le diriges tus palabras? Si conocieras el mal que sufre y el tormento bajo el cual gime, tendrías compasion de él y te apartarías.

—Pero padre, ¿quién es esa persona tan desdi-

chada? ¿Por qué no me dice usted "Héla allí", para encaminarme a donde esté y consolarla? Sabré hallar voces que inunden su alma de contento. Buscaré expresiones que tengan la dulzura de un arrullo y la sutilidad de un perfume. Oh! padre mío. No turbe usted mi vida, dejando caer en mis oídos tan crueles impresiones.

—Hija, hija mía, ese sér ha sido herido en lo más íntimo del corazón y del alma. Ayer nomás era dichoso. Ningún pesar amargaba su vida, ningún dolor martirizaba su espíritu. De pronto, contempla una faz, escucha una voz, siente junto al suyo otro corazón, cuyos arcanos penetra, y hé aquí que un volcán estalla en su pecho. Un volcán que hace erupcion y no lo mata; que todo lo destruye y no le aniquila; que invade sus sentidos y no le ciega, ni enmudece...

Oh! hija mía. ¿Hay algo más triste que una pasion así? ¿Hay algo más terrible que un amor semejante? Ese infeliz era puro, y ya no lo es; practicaba la humildad, y ya no la practica. Todos los actos de su vida están saturados de profunda amargura; todos sus pensamientos se hallan oscurecidos por una nube trágica; todos sus deseos se hallan avasallados por una pasion mortal. Oh! Desgraciado, desgraciado! ¿Qué filtro letal circula en tu organismo? ¿Qué procela de infamia sopla sobre tu espíritu? ¿Crees, por ventura, que te es dado amar? ¿Te imaginas que son para tí esos labios rojos, que se entreabren como una granada, dejando ver brillante pedrería? ¿Llegas, en tu delirio, a pensar que pueden pertenecerte los encantos de Susana, sus ojos divinos, su talle seductor, sus mejillas sonrosadas, sus manos diminutas? Ah! Pobre alucinado! Cuanto es objeto de

amor humano te está vedado. Tu situacion es peor que la de un vil eunuco. Mísero mortal, ¿por qué te anima la vida?

—Padre, padre mío. Me asombra usted, llenándome de pavor. Dígame quién es el que así padece. Que sepa yo su nombre para ir a su lado.

—Pero si es que no puede amar.

—¿Quién se lo impide? ¿Acaso está su corazón encadenado?

—Sí, y de qué modo! Sobre él pesa un voto que anula su voluntad y lo imposibilita para amar, matando su sexo.

—¿Qué es, entonces?

—¡Es sacerdote!

Y quedó sumido en silencio.

De repente reanudó el discurso.

—Ya ves, pues, que le está vedado el amor; que tal vez su sotana inspira asco y repugnancia. ¿Hay en el corazón de la mujer piedad para un perjuro, para un sacerdote enamorado? Su sentencia condenatoria está dictada de antemano.

—No, padre, no lo crea usted. ¿Por qué no va a existir piedad para un sacerdote si llega a enamorarse?

—¿Qué dices? ¿Qué angélicas palabras llegan a mis oídos? ¿Residirá en tí tan sublime sentimiento? Sin embargo, es que no sabes quién es el clérigo que así te adora. Si le conocieras y supieses que le inspirabas repulsion, que casi te detestaba, no podrías amarle. Al disgusto que provocaría en tí su traje uniríanse estas cosas y determinados precedentes.

—Padre, dígame, por fin, quién es. No considero lo que le sucede como un crimen, porque el hombre no es dueño de matar en sí el amor. Además, ¿qué pen-

saría usted si le dijese que podría amarle, que le amo? Sí; hay un joven sacerdote de límpida mirada, agradable voz y noble apostura, que ha logrado herir mi corazón. ¿Será el mismo a quien usted se refiere? No sé cómo manifestarle que pienso en él. Oh! padre mío. Tambien yo soy muy desgraciada. ¿Por qué no se dirige a mí? ¿Qué teme? ¿Qué espera?

—Nada aguarda para dirigirse a tí, ni tampoco teme nada, como no sea la cólera divina. Hace rato que te habla, que pone a tu vista su alma desgarrada. El sacerdote perjuro, monstruo de amor, esclavo de tu sér, soy yo! Yo, que tantas veces te he dado saludables consejos; yo, que ansiaba salvar tu alma y más bien he perdido la mía. Mas ¿qué me importa, si tendré el pan eucarístico de tu amor y el agua bendita de tus lágrimas de ternura? ¿No serán tus afectos la Escala de Jacob por la cual ascenderé, angustiado pecador, hasta el inefable sitio donde Aquel que todo lo puede extiende sus manos de luz sobre la ciega humanidad?

Y sin añadir palabra salió del confesonario, trémulo, dirigiéndose a la sacristía, mientras pensaba: *Alea jacta est.*

Susana quedó abismada. Estaba consagrada a seducirlo; pero nunca creyó que estuviera en ese estado. Con un pequeño esfuerzo se repuso y yendo a arrodillarse ante la capilla de Jesús Sacramentado, dióse a pensar en el nuevo horizonte que delante de ella se presentaba.

Despues de la confesion que acababa de oír comprendió, con más claridad aún, que amaba al padre Zabaleta. De lo contrario no le habría escuchado con tanta

emocion, a pesar de ser mujer bastante sagaz, ni tampoco le habría hecho igual declaracion.

Esa tarde regresó a su casa preocupada, porque el paso que acababa de dar envolvía bastante trascendencia. Luego cambió de traje, poniéndose uno que, por lo vaporoso, modelaba todas sus formas con precision admirable.

El sacerdote había quedado hondamente excitado, de tal manera, que no probó alimento.

El pesar que ahora le abrumaba era la conviccion de que su alma estaba perdida sin remedio, pues había llegado en su sacrilegio a hacer del tribunal de la penitencia un lugar de vilezas. Aquellas frases de infamante pasion habían sido pronunciadas frente a una imagen de la Inmaculada Concepcion, que pareció sonrojarse contemplando tales vergüenzas.

Y él mismo era quien había hablado! No comprendía cómo pudo verificarse tan atroz impiedad.

Esta vez no vinieron a sus ojos dolorosas lágrimas, como en la noche en que estuvo orando junto a la ventana de su cuarto. Sus ojos estaban secos, fatigado su cerebro; empero, sentíase poseído por erótica delicia.

Y mientras el padre Zabaleta se recogía, contemplando fijos en él los ojos de Susana, ésta recibía familiarmente a Henrique, en tanto que doña Antonia, de espaldas a ellos, embebíase en sus lecturas sobre la vida de los santos milagrosos de su devocion.

IX.

IX

Esa tarde se dirigieron Henrique y Susana al Calvario, hermoso paseo que, aunque abandonado notablemente en los últimos años, tenía para ellos muchas atracciones.

El coche en que iban marchaba al paso, permitiéndoles gozar con las perspectivas de la naturaleza.

A Henrique gustábale mezclar a sus amores una vaga idealidad, resultado de su alma de poeta, que hallaba vibraciones y tonos exquisitos en cada detalle de la vida.

Un gran trecho había ascendido el carruaje y llegaba a un punto desde el cual se dominaba la ciudad, sobre todo hacia la parte sud-oeste.

Encantado por el bello paisaje, oprimió a Susana contra sí y la dijo:

—Mira, mira la poblacion desde aquí. ¿Has visto un cuadro más seductor?

En efecto, a sus pies extendíase Caracas.

En aquella hora caían sobre las cúpulas de los

templos los últimos rayos del sol, sugiriendo las de basílicas bizantinas.

Se observaba inusitado movimiento, porque eran casi las seis.

Despues de contemplar el pintoresco panorama, Susana dijo a Henrique:

—Ya sé que estuviste en un gran almuerzo, picarillo, y nada me has dicho.

—Ah! Me había olvidado, puedes creerlo.

—Lo cual es confesar, desvergonzadamente, que apenas piensas en mí. De lo contrario, ¿cómo no comunicarme tus goces?

—Te diré: no fue para mí un rato muy placentero.

—¿Por qué? ¿Acaso no estabas bien acompañado? La señora Galindo, la señora Maneiro y sus dos hijos, doña Carmen, etc. Todos los concurrentes bastaban para proporcionar un rato agradable.

—No lo dudo; pero como no soy tan bien recibido en esa casa como en otras, me encuentro fuera de mi medio cuando voy allá.

—Y por qué fuiste, entonces?

—Por compromiso con Hector, que me invitó.

—¿Y qué tal estaba el gran Jorge con su mujercita?—preguntó sarcásticamente.

—Muy bien. Trajo en compañía suya a sus hijos.

—Sí? Cuántos tiene?

—Tres y tres cuartos.

—Oh! Qué horror. Si es una máquina el tal Jorge! Bien hice en dejar de amarle—agregó con gracioso ademán.

—El pobre, no parece hermano de Hector.

—Y asistió tambien el sacerdote?—preguntó dis-

traídamente.—¡Cómo sería esa conversacion para que nadie fuera herido!

—Asistió; pero estaba como enfermo y casi no habló. Su pensamiento parecía estar en otra parte.

—En su iglesia, sin duda, porque es tan piadoso. Si le trataras. Es mi confesor.

—Me da envidia.

—¿Por qué? Cada quien tiene su destino. Tú eres mi Luzbel radiante y querido; él, el ministro de Dios que me perdona las faltas que por tí cometo.—Y al así decir se complacía en recordar la escena del confesonario, cuyas minuciosas particularidades conservaba en la mente.

—Prefiero ser el tentador que te conduce de la mano a las divinas fuentes del pecado, antes que un representante de ideas muertas por siempre en la conciencia humana.

—Pero escúchame. Quiero que sigas hablándome de la comida. Cree que me interesa cuanto se refiera a la que pudo ser mi querida familia—añadió con ironía.

—Pues bien, te complaceré. Pregunta.

—¿Cómo estaba Luisa, la hermana de Jorge?

—Sencillamente vestida y lo mismo que siempre, esquiva, timorata. No sé si será injusta ojeriza mía; pero no me agrada. Detesto esas burguesas corrientes, que llevan una vida modesta, sin ninguna novedad.

—¿De quién eres, entonces, partidario? ¿Prefieres las mujeres mundanas, que matan el corazón y vacían los bolsillos?

—Sí; con sinceridad lo confieso. Me seduce el crugido de la seda, el resplandor de los brillantes, el fulgor del oro, lo alabastrino y santo de la carne. Amo

el lujo, el derroche, la vida opulenta. Amo el placer. Mi temperamento es así.

—Estás d'annunziano, querido mío. Vas a contaminarme. ¿Qué me dirá el padre Zabaleta? De antemano pienso en la penitencia, que será bastante dura.

—No lo creas, vida mía. Por una frase de tu boca hasta Jesús siente correr por sus venas un fuego abrasador, y le besaba los labios; por una mirada de tus ojos hasta Torquemada siente compasion, y le acariciaba los ojos; por un bucle de tu pelo hasta el Papa practica la pobreza, e introducía los dedos por entre su cabellera; por reclinar la frente en tu seno de diosa, hasta el padre Zabaleta ahorca sus hábitos, y él la reclinaba, apasionado.

—Qué adulador! Mereces un premio. Cual será?

Con rápido movimiento oprimió entre sus manos la cabeza de Hector, depositando en sus labios un beso intenso, prolongado. Despues dijo:

—Vas a perder mi alma. Voy camino del infierno.

—No, Susana. Al contrario, tu fervor aumentará, porque me estoy convirtiendo.

—¿Por ventura comulga Lucifer?

—Como lo oyes. Si dudas de ello puedo leerte lo último que he escrito.

—¿Versos, por supuesto?

—No, ha sido una prosa cincelada con amor y delicadeza.

—¿Cuándo podré oirla?—preguntó con señales de duda.

—Ahora mismo, si quieres.

—Empieza, pues, soy toda oídos para escucharte.

Henrique sacó el original. Susana lo miraba con gran curiosidad, dudando que fuera cierto lo afirmado.

Y comenzó la lectura, levantando de vez en cuando la mirada para ver a Susana, en cuyo rostro se pintaba el asombro:

SURSUM CORDA

Hasta yo, triste pecador empedernido, he llegado a consumirme bajo la llama que emerge del Santuario. Ante sus rayos divinos he caído de hinojos, llena el alma de uncion sagrada e invadido el espíritu por un arrobo inefable.

Sobre mi frente se deshojaban, melancólicamente, las negras flores de la duda, negando el poderío de la Divinidad; pero de pronto he abierto los ojos a la radiosa luz que consuela de las miserias de la vida y que esplende por sobre todas sus abominaciones y he comprendido que sólo allí se encuentran el consuelo, la calma y la harmónica serenidad que deben regir la existencia.

Extraviado vagaba mi cerebro de ideal en ideal, sin atinar con el que fuera una fuente perdurable de felicidad; mas, hé aquí que un milagro descubre a mi vista el camino del bien, de la verdad y de la dicha.

Vacilo, y al cabo, por inspiracion divina, veo que había encontrado un tesoro inestimable.

Oh! Divina Majestad! De rodillas ante el ara de tu altar he comprendido la belleza inmortal que reside en Tí y el consuelo benéfico que prodigas al pecador arrepentido.

Aquí llegaba en su lectura, cuando Susana exclamó, sin poder contenerse:

—Henrique! Henrique! ¿Será posible que Dios te vuelva al regazo de su Iglesia? No en vano imploro piedad para tí.

Sin responder, continuó la lectura:

Empero, el portentoso milagro efectuado en mí no es obra de ese Ignotus Deus, nunca satisfecho de plegarias; ni de ese Padre Celestial que tan lejos se halla de nosotros; ni la Divina Majestad a que me refiero es la que resplandece, en medio de rubíes y diamantes, bajo la llave del Sagrario y que en manos del sacerdote bendice las muchedumbres, ávidas de misterio.

El Dios autor de tal milagro es el omnipotente Dios del Amor, del riente Amor pagano; y la Divina Majestad en cuyo altar he orado, genuflexo y fervoroso, es la Divina Majestad que reside en tí, ¡oh Mujer!

Nada, en verdad, la supera. ¡Ni cómo va ello a ser dable!

¿Háse visto, acaso, que el resplandor de una custodia iguale al resplandor de unos hermosos ojos ardientes? ¿Por ventura el santo vino consagrado semeja el rojo tentador y sangriento de unos labios sensuales? ¿Es posible que la albura de una hostia supere a la de un glorioso seno tremulento?

Nunca, por cierto, se ha contemplado nada semejante a ellos.

Y siendo tú, ¡oh, Mujer! la poseedora de esas raras joyas, debo rendirte, como símbolo que eres de todas las voluptuosidades ignotas, de todos los arcanos misterios sexuales, el férvido homenaje que reclamas en tu condicion de sacerdotisa de la invencible Afrodita.

—Me horrorizas, amor mío. ¡Qué espantosas

blasfemias! Bien hacía en dudar de la veracidad de tus palabras.

Henrique tomó sus manos, oprimiéndolas y la dijo al aproximar a su rostro el suyo:

—Vida mía, Dios, si es que debemos dar ese nombre al Principio de la Vida, no se ocupa de nimiedades cual éstas. Sólo el hombre, en su necedad infinita, cree que cada uno de sus actos forma la ocupacion de ese Sér desconocido. Yo, por lo que a mí hace, me conformo con creer y practicar lo que dice el Eclesiastés: "Goza de la Vida con la mujer que amas. Vive, ama, que todo lo demás es vanidad de vanidades."

Susana guardó silencio, pensando que quizá tenía razón. En lo que procedía cuerdamente, porque en el fondo nadie tiene razón, ni deja tampoco de tenerla.

Cuando bajaban había oscurecido y los focos de luz eléctrica iluminaban los semblantes, dándoles palideces mortales.

Si hubiera sido posible leer en el corazon de Susana se habría visto que un recuerdo punzador la turbaba.

Como no había experimentado la dicha de encontrarse con entera libertad al lado del padre Zabaleta, hallaba un especial placer entornando los ojos al acariciar a Henrique, pues pensaba que era el sacerdote.

Sentía por éste un vivo deseo. Pensaba, con fruicion, que, alejado como estaba del mundo, debía amar con extraña fuerza, porque tenía latentes nó comunes veneros de amor.

Henrique, junto a Susana, contemplábala con fijeza, aspirando el perfume que su venusto cuerpo exhalaba.

X.

X

No marcaría las diez su reloj cuando Hector tocaba en casa del padre Zabaleta.

Como había tenido oportunidad de apreciar el estado anormal en que se hallaba, iba con el fin de saber si había mejorado.

Al abrir la puerta apareció Teresa en el umbral, exclamando:

—Usted por aquí!

—Sí, vengo a ver a Ernesto. ¿Está en casa?

—No, señor. Hace gran rato que salió; pero si usted quiere puede aguardarlo. No demorará mucho. Ha estado un poco quebrantado; pero es una cosa pasajera. ¿Por qué no pasa al cuarto suyo?

Hector aceptó la invitacion, diciéndola:

—Está bien. Le esperaré si no tarda, porque estoy apresurado. Ya veo que son recelos de mamá.

—Sí, señor. Créalo usted. Apenas ha tenido algunas noches de desvelo, según he podido juzgar por la luz que miraba encendida en su cuarto, porque, si

usted supiera, no le gusta molestarme y me prohibe que vaya a su cuarto aunque oiga ruido.

—Está bien, Teresa. Si tiene usted alguna ocupacion no la interrumpa por mí.

Creyó Teresa que esto era decirle que estaba de más y se retiró a sus quehaceres.

Hector se sentó en un silla de tijera, prendió un cigarro y dirigió una mirada en derredor.

En todo hallaba paz inalterable y calma deliciosa, las que llenaban su ánimo de un anhelo desconocido.

Encontraba por doquier una tranquilidad conventual, un ambiente religioso, un no sé qué de apacible que le seducía.

Como que se hallaba distante de las luchas mundanas, los odios sangrientos y las ruines envidias.

Una efigie de Jesús parecía envolver en serenas y amorosas miradas aquella mística estancia.

Hector detuvo la vista en la biblioteca y experimentó una nueva emocion.

Se levantó y empezó a examinar los libros, siendo atraído por la célebre *Imitacion* de Kempis. Ah! En sus páginas había encontrado en otros tiempos, cuando nubes de ensueño acariciaban su frente, manantiales de ventura; pero más tarde, al empuje de la realidad, comprendió que allí sólo estaba expuesta una moral impracticable y, por tanto, inútil.

De aquí dirigió la vista hacia el lugar donde se hallaba una imagen de la Inmaculada Concepcion. Al verla sonrió con ironía socrática, pensando que el dogma de Pío IX relacionado con ella, fue el último esfuerzo del ultramontanismo para vindicar y recobrar derechos imaginarios.

Despues contempló, sobre un facistol, una Biblia. Sintió curiosidad por saber qué leía en ella Ernesto y se aproximó. Estaba abierta en el pasaje del *Padre Nuestro*. Entonces, por una activa asociacion de ideas, revió el instante en que el Hijo de Galilea compuso esa oracion, a ruego de un Apostol que le decía: "Señor, enséñanos a orar." Ah! Hasta escuchaba el acento de su palabra cuando exclamaba: "Padre Nuestro que estás en los Cielos...." y miraba sus movimientos, al dirigirse, con el amor que era numen de su vida, a quienes lo rodeaban.

Pensó:

Qué dicha la de Ernesto! Poseer el consuelo de la Fe; no sentir el aguijon del análisis; no experimentar necesidades de cierto orden. ¿Hay mayor felicidad? Esta casa me evoca la tranquilidad del claustro. Las miradas que aquí se dirigen son miradas de amor a Dios; las voces que se escuchan son voces de uncion religiosa. ¿Por qué no me es dado creer? ¿Qué circunvolucion cerebral está atrofiada en mí? Dichosos los que creen, aunque no sea en Religion alguna. El todo es tener una fe. ¿Cuándo han hecho algo de valor los escépticos? Toda aspiracion la matan, toda esperanza la destruyen, toda virtud la escarnecen. No puede la pluma del escéptico tratar ningún asunto sin convertirlo en motivo de irrision y, sin embargo, ¿por qué lo soy? Ah! Es que el miserable sér humano no es lo que desea, sino lo que lo obligan a ser la herencia, el medio y las circunstancias. Sobre mí gravitan gérmenes de incredulidad e ironía que me hacen desgraciado y prueban que el libre albedrío es una ideal quimera. En efecto, no hay responsabilidad moral. Lo que existe en el hombre es una vanidad inconmen-

surable, que le hace creer en su libertad. ¡Y quién sabe si es hasta mejor que cada uno se crea el árbitro de su voluntad y de su pensamiento!

Aquí llegaba en su soliloquio cuando se fijó en el escritorio del sacerdote y quiso la curiosidad que lo examinase.

La carpeta contenía algunos pliegos de papel cuya calidad llamó su atencion. Vió escrita una carta. Comprendió que no debía ser un secreto desde luego que Ernesto la dejaba a la vista. Así fue que empezó a leerla, habiendo antes pensado que podía ser un sermón o algo semejante.

—¿Qué es esto? Una misiva de amor. Es bien extraño. Y sin direccion.... Pero.... ¿Será su letra?.... Sí; su misma letra.

Y sus ojos recorrieron, varias veces, aquellas líneas donde un corazón desgarrado sangraba, dejando estelas iluminadas por el fuego de la pasion.

Estaba asombrado y se resistía a creer aquello. Sin embargo, ante la evidencia comenzó a vislumbrar algo y, por la viveza de su imaginacion, se preguntó si no sería esa la causa de la enfermedad de Ernesto.

—¿Cómo ha sucedido esto? ¿Quién es la bella desconocida? Y yo que figuraba tan sosegada la existencia de Ernesto. Es terrible la situacion de este infeliz, con tanta mayor razon cuanto que es un sacerdote verdaderamente sincero. Ahora comprendo los desvelos que sufre, el enflaquecimiento que lo acaba, la intranquilidad que le domina. Todo lo explica una frase: "Padece de mal de amores." ¡Qué hado el del hombre! Y existir, sin embargo, quienes ven en los incomprensibles sucesos de la vida la mano de una Providencia, cuando la Providencia es el sarcasmo eterno...

Aunque a veces querría creer y aplaudo la creencia, es por egoísmo que lo hago, como la humanidad en general. Sí; por egoísmo lo mismo que todo. El creyente no tiene que averiguar nada, pues la Fe lo hace por él; no necesita sondear nada porque la Fe lo efectúa en su nombre. La Fe, siempre la Fe.

Ernesto sufre actualmente una crisis diabólica, colocado como está entre la Iglesia, su esposa, y una mujer.

Dejó la carta en el mismo lugar donde la había hallado y volvió a sentarse, permaneciendo allí otros momentos; luego, pensando que Ernesto no llegaría pronto, se puso en pie y, al llamar a Teresa, le dijo:

—Cuando venga Ernesto dígale que estuve en espera suya largo rato.

—Muy bien y usted hágame el favor de decir a doña Carmen y la niña Luisa que hasta la fecha no tiene nada de cuidado el niño Ernesto.

—Así lo he comprendido y veo que mamá no tiene motivos para alarmarse tanto.

—Es que el corazón de las madres es la Providencia junto a los hombres.

—Adios, pues. No olvidar mis saludos y la recomendacion de que vaya por casa de mamá si yo no puedo volver.

Al salir iba pensando que aquella mansion no daba asilo, como él creía, a un sér feliz sino más bien a uno desgraciado. Por un movimiento instintivo que no pudo reprimir volvió la cabeza para ver de nuevo la casa, en la que le pareció observar una como expresion de dolor. Sufría una auto-sugestion.

—Es necesario que conozca la mujer que ha herido a Ernesto—se decía.—Sí; le hablaré, haciéndole ver que supongo la causa de su enfermedad y que no debe ocultármela, sino hacer de mí un confidente. Tal vez el escéptico pueda aliviar al sacerdote. ¿Por qué no? ¿Acaso está extinguida en mí la caridad? Si ama a esa mujer ¿por qué no me lo confiesa? Si siente necesidad de ella ¿por qué no trata de poseerla? Un voto no debe tener tan decisiva influencia, pues en la tierra todo es comedia, dijo Balzac.

Me imagino su pobre corazón entre un amor y lo que juzga su deber. Debe experimentar satánicos dolores. Y todo porque diz que ha jurado ser casto, cuando eso es atentatorio contra la naturaleza; porque ha jurado consagrarse a Dios, cuando Dios no necesita que nadie se consagre a El.

¿No es esto tristísimo? Debo hacer que sacrifique sus promesas y reniegue de ese culto absurdo. De lo contrario puede agravarse y quién sabe si hasta morir.

Y se alejó pensando en los medios que pondría en juego para obtener lo que deseaba.

No habría caminado mucho cuando entró el padre Zabaleta. Regresaba bastante fatigado, pues para ese día organizaba una procesion en el templo de las Mercedes.

Saliendo a su encuentro le dijo Teresa:

—¿A que no sabe usted quién lo ha estado esperando más de una hora?

—¿Quién?

—Su hermano don Hector.

—Y qué lo trajo por aquí? Por qué se fue?

—Vino a ver cómo seguía usted y por estar muy apresurado no quiso demorarse más.

—Has debido decirle que me aguardase y hacerlo pasar a mi cuarto.

—Adios, si así lo hice; mire usted, si no, los cabos de todos los cigarrillos que se fumó.

—Está bien, pues.

—¿Le sirvo el almuerzo?

—Todavía no. Te avisaré.

Teresa se alejó, dejando solo al sacerdote. Al verse libre de ella se dirigió al escritorio. Tomó la pluma para escribir y de repente lo asaltó un pensamiento. ¿Vería Hector aquella carta que él, por un descuido imperdonable, dejó donde alguien pudiese leerla? Observando que se encontraba en el mismo estado en que la había dejado, se tranquilizó.

Despues agregó a lo escrito otros párrafos y, para hacerlo, daba la espalda a la Inmaculada, avergonzado, como vivía últimamente, viendo en cada uno de sus pensamientos un pecado y en cada uno de sus pecados un sacrilegio.

Y pensaba:

A pesar de todo, soy el sacerdote modelo, presentado por los diarios católicos como un ejemplar digno de imitación. ¿No es esto una farsa incalificable? ¿Con cual valor me atrevo a tomar en mis manos la santa hostia, si estas manos están manchadas por el pecado? ¿Cómo hablo desde la cátedra divina de la virtud, si mi alma es un infierno? ¿Por qué doy la absolucion, si más bien la necesito?

Con razón creía que entraba en el más escabroso período de su vida e ignoraba cómo saldría de él.

El único regocijo que tenía, al fin de fines, era sentirse amado.

A poco se echó en la cama y entornando los ojos para evocar a Susana, experimentaba espasmos de divina voluptuosidad.

XI.

XI

Despues de lo sucedido en el confesonario había experimentado el padre Zabaleta nuevos sufrimientos.

Muchas veces habló con Susana allí mismo y vió que su amor crecía sin cesar. Era un alud que todo lo arrollaba: votos de castidad, deberes, virtudes, haciéndolo pasar de la luz a la sombra, del bien al mal. Esto pensaba, reconociendo que era impotente para gobernarse, sobre todo cuando contemplaba a Susana.

Y sus pesares eran tanto más profundos cuanto que no tenía, ni siquiera, la satisfaccion de comunicarse con alguien. Deliraba por hacer a alguna persona depositaria de sus tristezas.

El pobre corazón humano es tan débil, que muchas veces no tiene fuerzas suficientes para sobrellevar, aislado, el peso de ciertos dolores.

El padre Zabaleta, a pesar del amor que lo dominaba, seguía siendo el sacerdote lleno de fe en la Divinidad y que, por tanto, la temía.

Horrorizábase al contemplar el oprobio en que estaba sumergido, rindiendo vasallaje a la carne.

Y como si no pudiera resistir la serie de sucesos que alteraban la santa normalidad de su existencia, estaba desganado, pálido. Con justicia se preocupaba la familia por su salud. Nadie, excepto Hector, estaba en cuenta de lo que le sucedía. Por consiguiente, se comentaba la enfermedad de diversas maneras. Quiénes la atribuían a vigilias incontables, quiénes a excesivos esfuerzos en pro de la Iglesia.

Mientras esto acontecía a Ernesto, Susana experimentaba, igualmente, alteraciones en su vida.

Cuando estaba al lado de Henrique no tenía la misma alegría de antes. Se encerraba en unos inexplicables silencios.

Era que tambien estaba enamorada, hasta donde lo permitía su condicion de mujer, como tal veleidosa.

Aquel joven sacerdote la atraía plenamente, pues soñaba con que tendría un alma pura, un corazón virgen, un cuerpo inmaculado.

Pensaba que no todas las mujeres pueden tener un amor semejante. Gustábale, sobre todo, por lo extraño. Oh! Ser amada por un ministro de Dios. Escuchar que le dirigían las mismas frases de amor que a la Virgen, es halagador. Además, envolvían para ella un nuevo encanto las conversaciones en el confesonario, despues de haber recibido la absolucion por las faltas de la víspera. ¿No era, acaso, el *summum* de rareza para ella, que odiaba los lugares comunes?

Llegó a estar tan preocupada que Henrique notó, una tarde, su cambio, y le preguntó:

—Dime, Susana, ¿por qué estás pensativa? ¿Tienes algún sufrimiento?

—No lo creas, Henrique. Nunca he sido más feliz. Verte siempre ¿qué más puedo soñar? Tú eres el angel de mi vida.

—Sin embargo, he creído observar en tí una leve alteracion, como si un pensamiento lejano te embargase. Esto me disgusta, porque deseo que siempre estés alegre.

—Cuidado! Me figuro que eres tú quien experimenta algún pesar y tanto es así, que te ruego, te ordeno, te conjuro a que me lo digas. Quiero saber qué tienes y qué sientes. Es mi delirio lo que se relacione contigo.

—Susana, amada mía, no hay tal cosa. Eras tú quien me inquietaba; pero como nada te aqueja, cesa mi angustia.

—Ah! Henrique, cuán bueno eres. No en vano he creído siempre que el único hombre a quien amaría eternamente eras tú.

Henrique no había vuelto a observar más nada, pues ella fue lo suficientemente diestra para disimular.

Así transcurrieron no pocos días, durante los cuales se agravó más y más el padre Zabaleta. No comía, no dormía, su mal no hallaba alivio de ningún modo.

Y comprendía que aquello no era sino el deseo, que lo mataba.

Desde que se consagró al sacerdocio mantúvose alejado de las tentaciones, sin ser atraído nunca por el crugido de una falda, ni por la humedad de una mirada femenina.

Conservaba de una mujer un lejano recuerdo; pero había sucedido en tiempos ya remotos. Fue casi inconscientemente por parte suya. Apenas tendría doce años.

Como sucede en muchos casos, aquella caída tuvo lugar con una doméstica de su casa.

Ahora le asaltaba a cada instante esa remembranza, que en un tiempo juzgó ingrata, haciéndole ver que debía poseer tambien a Susana.

Sinembargo, se encontraba en la actualidad en un caso muy distinto, siendo, como era, un clérigo, de modo que su alma era destrozada por la lucha entre su corazón, que le decía, *posee*, y su deber que le clamaba, *alto*.

Si hubiese sido un sacerdote poco ferviente, pronto a sacrificar sus votos sin tener nada en cuenta, habría sido muy distinto; pero no sucedía así con él. Esto hacía más intenso su pesar, poniéndole en una situacion capaz de enloquecer a cualquiera.

Y veía claramente que ante lo ineludible del destino hay que inclinarse, aunque se comprenda que se obra mal, muy mal.

Tales son las leyes a que están sometidos los actos humanos.

Cuando se cree proceder espontáneamente, no se procede sino bajo la accion de un implacable determinismo, por más que mediante una incoherente exposicion metafísica se trate de establecer y demostrar la presunta libertad humana.

XII.

XII

Mientras tenían lugar en Caracas estos sucesos entre las familias del padre Zabaleta y la de Susana, en La Guaira, en casa de Jorge, todo era sobresalto.

Uno de sus hijos, niño gracioso e inteligente, estaba enfermo de cuidado.

Al principio se creyó que sería cosa leve; pero despues vieron sus padres, con dolor, que la enfermedad era grave.

Los esposos Zabaleta experimentaron todo género de angustias. Jorge y Luisa Teresa estaban inconsolables.

Para los seres que encuentran en la paternidad una dicha infinita es terriblemente doloroso mirar enfermo un retoño de sí mismos.

Jorge descuidó su negocio, consagrándose a velar cerca del niño en union de la madre. Y era de verse el solícito interés con que le atendía.

Al manifestar el médico incertidumbre, creyó que era caso perdido y avisó por teléfono a doña Carmen,

rogándole que a la brevedad posible se trasladase al vecino puerto.

Aunque ella era agena a alterar su vida, resolvió, inmediatamente, complacer a Jorge.

Así fue que dijo a Luisa:

—Es necesario, hija mía, alistarnos, porque nos vamos para La Guaira. Tu hermano reclama nuestro auxilio. Luisa Teresa, sola, no basta para cuidar al niño y Jorge no puede abandonar el negocio por completo.

—¿Y cuándo nos iremos?

—Mañana, a más tardar. Aunque Jorge está tan desesperanzado, creo que el niño no está muy mal. De todos modos, nuestra presencia les será grata y útil.

—Oh! sí. Imposible es que Luisa Teresa esté tan sola. ¿Qué dice Jorge?

—Me ha hablado de la difteria; pero ignoro si sea esa terrible enfermedad o simplemente una afeccion parecida. Se equivocan tanto los médicos!

—Siempre es bueno ir. Primero, porque los acompañaremos, y segundo, porque tal vez pueda Ernesto pasar algunos días allá, que quizá le sean favorables a su quebranto.

—Ciertamente. Ojalá se resuelva a ir, aunque es tan enemigo de separarse de sus deberes, que tal vez no quiera hacerlo.

Y procedieron, en silencio, a hacer los preparativos del viaje.

Doña Carmen, que era madre amantísima, veía sufrir no solo a Ernesto, sino tambien a Jorge, y experimentaba iguales padecimientos.

—¡Donde quiera—clamaba—hay un dolor! ¡Qué vida!

Luisa, por su parte, deseaba trasladarse pronto a La Guaira, pues quería cerciorarse por sí misma del estado del niño y, además, respirar las saludables brisas del mar.

Encerrada siempre, llevando una vida retraída en sumo grado, no le vendrían mal algunos días de libertad. No recordaba haber ido nunca a ningún sitio agradable. Toda su vida habíala pasado cercada por las paredes de su casa, contemplando, de lejos, las bellezas de la naturaleza y los esplendores del mundo.

Doña Carmen hizo saber al padre Zabaleta lo que pasaba; pero tan dolorido se encontraba, que permaneció impasible.

Cuando un gran dolor nos abate, nada hay que pueda aumentarle o disminuirle. Se está embargado por él de un todo.

Esto sucedía entonces al sacerdote.

Doña Carmen no había perdido, despues de la muerte de su esposo, sino a parientes lejanos y aquella muerte que presagiaba dejábala aterrada.

Un nieto, el de más talento, el mayor, el que llevaba el nombre de su hijo predilecto, Ernesto.

Hector tambien fue avisado y llegó despues de Ernesto.

Al ver a éste notó su faz demacrada y abatida la mirada.

Comprendió que una lucha tormentosa daba al traste con él; que sobre su alma pesaba, con inmensa pesadumbre, un dolor sin igual.

Y pensó:

Ernesto está cambiado. Debe sufrir intensamente, sobre todo porque está obligado a guardar si-

lencio. Es preciso que le hable y averigüe quién es esa mujer.

—¿Por qué no me aguardaste el día que fuiste a casa? Llegué a poco.

—Te aguardé largo rato y como no llegabas, tuve que seguir adonde iba. He sabido que estás enfermo y, en efecto, no te hallo bien.

—Poca cosa he tenido. Una ligera alteracion nerviosa. Si me sintiese peor acudiría a un facultativo; pero creo poder pasarla sin él.

—Nunca deben dejarse las enfermedades para última hora. Conviene atacarlas en su comienzo. Despues que se adueñan del organismo es difícil, muy difícil, destruirlas.

—Los voy a complacer haciéndome recetar; pero será cuando regrese mamá de La Guaira. Por ahora lo que debe ocupar nuestros ánimos es la gravedad de Ernesto. Lo sabes ya?

—Sí; he venido por eso y quedo sorprendido por la rapidez con que alistan la marcha. ¿Se van mañana?

—Sí; por primer tren.

—Solas?

—No, las acompañaré. Jorge desea mi presencia. Sabe cuánto me ama ese niño. Ah! Es una desgracia, una gran desgracia si llega a morir. ¡Pero los fines de Dios son desconocidos de los hombres!

Hector comprendió que aquella oportunidad era la propicia para hablar con Ernesto y resolvió esperar a que estuviese en La Guaira, donde con libertad podrían tratar el asunto, lejos del campo de los sucesos, sin que algún indiscreto pudiese interrumpirlos.

El padre Zabaleta veía que aquel era un nuevo

sufrimiento. La presencia de Jorge le recordaría el engaño de Susana, la misma mujer que él adoraba y la agonía del niño le partiría el alma. Pero no podía menos que ir. No era tanto su deber de pariente el que le llamaba, como su condicion de sacerdote. Para acudir al sitio donde eran requeridos sus servicios no miraba, nunca, si llovía, tronaba o había algún peligro. Jamás alejábase de él un sér humano sin llevar algún consuelo. Era un verdadero ministro de Aquel que dijo: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallareis; tocad, y se os abrirá." El que a él pidiese, obtenía; quien a él buscase, le hallaba; el que a su puerta tocase, era acogido.

En breve estuvo todo listo para el viaje.

La llegada a La Guaira fue indescriptible.

Todos los rostros denotaban dolor e inquietud.

Apenas hubo uno que otro saludo.

Cuando se llega a una casa en la cual está próximo a la muerte un sér querido, por doquiera hay motivos de duelo. Allí no estaban los otros hijos de Jorge, pues habían sido alejados para ponerlos a salvo del contagio, lo que era para él una nueva contrariedad. No podía verlos sin antes recibir toda clase de desinfecciones.

El médico había declarado que el niño empeoraba, doblegado por la enfermedad.

Doña Carmen comprendía que aquello era grave, realmente grave, y no hablaba una palabra.

Luisa estaba llena de ansiedad.

El único que permanecía impasible era Ernesto.

No se separaba un instante de la cabecera de la cama y, en vela perenne, oraba sin cesar.

Por la mañana, muy temprano, iba al templo y decía una misa, regresando a su puesto. Estaba in-

cansable; pero todo por efecto de una sobreexcitacion espantosa.

Habían sido muy serios los acontecimientos que en los últimos meses conturbaran su ánimo.

Veía al niño que llevaba su nombre inclinarse bajo el peso de la muerte y se preguntaba si no sería ello símbolo de él, que, a su vez, se inclinaba bajo el peso de un amor sacrílego.

Susana supo su ausencia por una carta que él le escribió y esperaba, impaciente, el regreso.

A la llegada de Hector a La Guaira encontró al padre Zabaleta en un estado mórbido de primera fuerza, que se adueñaba de él cada vez con mayor ímpetu.

El sacerdote amaba sin querer amar; sentía sin querer sentir. Era un esclavo de Susana, que había prendido en el santuario de su pecho el fuego inmortal de Anadiómene, Diosa entre las Diosas y alma de *Natura Victrix*.

XIII.

XIII

La llegada de Hector a La Guaira coincidió con una pequeña mejoría del enfermo; así fue que halló en los rostros un ligero destello de alegría y de esperanza.

Ese día había amanecido algo aliviado y respiraba con alguna libertad. Sin embargo, el médico no daba señales de contento, pues no tenía confianza en la aparente mejoría.

Las horas transcurrieron sin novedad, haciendo nacer en los ánimos la creencia de que podría salvarse.

Jorge estaba radiante.

Todos creían que la enfermedad comenzaba a declinar.

Hector aprovechó esta sazón para convidar al sacerdote a dar una vuelta por los alrededores.

Al principio este no quiso acompañarlo; pero al fin aceptó, quedando ambos convenidos en que despues de comer saldrían.

Así lo hicieron y, a poco, encaminaron sus pasos hacia Macuto.

El glauco e infinito mar estaba en calma esa tarde.

Apenas si se levantaba una que otra ola a alguna distancia de la playa. Su ondular era suave y cadencioso.

Caminaban muy cerca el uno del otro, hablando sobre el suceso que los llevara a La Guaira.

De vez en cuando se detenían para ver algún pájaro marino que se lanzaba al agua de cabeza, apareciendo despues con un pez en el pico.

A veces quedaban en silencio, contemplando el maravilloso mar, que encierra en su seno la vida y la muerte, el alfa y la omega de la integracion y desintegracion universales.

Hay ciertas cosas en la naturaleza que reclaman un recuerdo del pensador, y el mar es una de ellas. Sobre todo si se contempla a la luz de la luna, como les acontecía a ellos, puesto que ya había anochecido y era la noche una de las más hermosas noches de plenilunio.

Hector pensaba que era llegado el momento de abordar el tema que se había propuesto tratar.

El padre Zabaleta pensaba en Susana y sufría con no poder tenerla allí, para que con él gozara de las bellezas que había por doquier. Su vista se elevaba hacia la cordillera del Avila, que de ella lo separaba, y su pensamiento la tramontaba llegando hasta su casa.

En la marcha habían dejado lejos a La Guaira y se encontraban solos, perdidos en aquel sitio.

Hector propuso al padre Zabaleta que se sentaran y éste aceptó gustosamente. Así lo hicieron en un peñasco que cubría el agua en la pleamar.

En aquel lugar, aspirando el aire del mar, mirando las olas romperse a sus plantas, con suavidad, experimentaban una emocion que los embargaba.

Hector sacó una petaca de cigarrillos y ofreció al padre Zabaleta.

Creyó, por fin, que debía comenzar y rompió el silencio.

—Ernesto, es preciso que te cuides, que te hagas examinar. Estás enfermo y creo que de cuidado.

—Oh! Hector. Tambien crees en mis males? Lo que tengo es una ligera alteracion de los nervios, que no vale la pena.

—No; hay algo que te preocupa hondamente. Creo que te encuentras en un estado muy anormal. Me he fijado en muchos actos de tu vida y veo que la has alterado, tú, que eras el método personificado; he sabido que no duermes bien, cuando antes siempre lo hacías.

—Pero eso sólo indica un pequeño mal.

—Ernesto, he llegado más allá en mis deducciones. Pienso que tienes algún sufrimiento moral que te desequilibra. No sé cual sea; pero casi puedo afirmar mi aserto.

—Y cual puede ser, si llevo una vida tan retraída, como no ignoras?

—Ah! Hay tantos sufrimientos ocultos que desgarran el alma y tantos pesares que amargan la existencia.

—Pero es que esos sufrimientos y pesares no pueden herirme directamente, porque no formo parte del mundo. Es cierto que sufro; mas, ello no puede ser causa de lo que físicamente experimento.

—Bien. Si es cierto que sufres, dime qué motiva tu dolor.

—Son pequeñeces de las cuales te reirías, porque eres muy irónico. Por eso las guardo en mi corazón.

Hector comprendió que nada lograría obtener de ese modo y cambió de ataque, diciéndole de pronto:

—Ernesto, no me lo ocultes, es que estás loco de amor. ¿Crees que no lo he comprendido?

Y fijaba en él una mirada escudriñadora, queriendo leer en su semblante la impresion que sus palabras le causaban. Al mismo tiempo tomó sus manos y las halló heladas.

Como Ernesto guardaba silencio, continuó con más fuego:

—Sí; te han seducido unos ojos negros que queman, una voz divina que subyuga, un perfume exquisito y enloquecedor. ¿A qué negármelo? Has de mí un confidente, que será, tambien, un consejero.

Ernesto temblaba, tenía la faz descompuesta y, sin embargo, se atrevió a decir con entrecortado acento:

—Oh! Hector. Qué pesadumbre encierran tus palabras!

—¿Por qué? Sólo deseo aliviarte en tu dolor, darte una idea que te guíe, un consejo salvador. Nada ignoro!

El padre Zabaleta, puesto en un potro de tormentos, exclamó a media voz:

—Susana! Susana!

Esta exclamacion fue para Hector una nueva luz. ¿Sería la misma Susana perjura a Jorge y amante de Henrique ahora? Lo sabría. Entretanto, dijo a Ernesto, con cariñoso acento:

—Vamos, hermano mío, no sufras. Cuéntame tus tristezas, que quizá yo pueda consolarte; muéstrame tus lágrimas, que tal vez me sea dado enjugarlas.

—Y cómo es eso posible, siendo yo un clérigo que deshonra la tonsura que ostenta, que vilipendia su hábito y mancilla la religion a la cual pertenece?

Y ocultó la cara entre las manos.

Hector, conmovido, puso la diestra en una rodilla del padre Zabaleta y le dijo:

—Ante la inutilidad del esfuerzo son perdonables todas las faltas. Refiéreme todo, hermano. ¿Cómo has podido llevar tan pesada carga sin buscar ayuda? ¿Cómo ha podido permanecer silencioso tu labio bajo tan cruel dolor?

—Es que los sucesos de la existencia son inexcrutables para el hombre. Sólo Dios puede darse cabal cuenta de ellos.

Y elevando las manos a lo Alto, convulso, con lágrimas en los ojos, empezó la narracion de su desgracia, queriendo caer de rodillas delante de Hector, que no lo consintió.

Hablaba con un dejo de tristeza profunda.

Hector escuchaba aquella confesion en silencio, limitándose a hacer ligeros movimientos de cabeza.

Ese acto envolvía una alta significacion: era la Iglesia Católica humillada ante el Librepensamiento, que no condenaba, sino que era tolerante; que a nadie lanzaba rudo *anathema sit,* sino aconsejaba; que no escarnecía, sino brindaba consuelo.

Hector, ejerciendo de sacerdote de un culto más liberal que el de su hermano, prestaba atencion a sus palabras, comprendiendo que es absurda una Religion que mata, o mejor, quiere matar, la inexorable ley de la union de los sexos.

Cuando el sacerdote concluyó quiso de nuevo arrodillarse, como si fuese a obtener la absolucion.

Al presente estaba como tranquilizado.

Ahora tocaba a Hector hablar. Así lo comprendió y dijo a Ernesto:

—El problema que está planteado en tí no tiene

más que dos soluciones: o reniegas de la religion que profesas y posees a la mujer que te apasiona, o la olvidas por completo y vuelves a ser impecable sacerdote.

En el primer caso, no haces sino obedecer los impretermitibles mandatos de la naturaleza, pues el deseo es lo que mueve al hombre en todo sentido. Abandona los hábitos, hazte libre y recobra tu personalidad, lo cual sólo probará que el amor, por más que lo quieran cubrir con un velo de idealidad, radioso como el manto sagrado de Tanit, no tiene más fin que la procreacion y conservacion de la especie.

En el segundo caso, aleja de tus ojos la imagen de Susana, que engañó a nuestro hermano Jorge y es ahora la querida de Henrique Gogorza, conságrate por entero a la Religion Católica, echa por tierra tus ideales, despedaza tu corazón en aras de la misogamía inherente a tu ministerio y entroniza en tu espíritu el *Credo quia absurdum* que impera en la fe religiosa.

—Pero hermano mío, la abjuracion de mis creencias sería un escándalo incalificable. En cuanto al olvido de Susana ¡pobre de mí! no tengo fuerzas para hacerlo. Vacilante y conturbada contempla mi ánima la imagen de Susana y se pregunta adonde acudirá para recibir una ráfaga consoladora.

—¿Qué harás, pues? Tienes que tomar una resolucion definitiva.

—Hector! Hector! Préstame ayuda, tiéndeme una mano redentora.

Y así diciendo cayó de rodillas, esta vez sin que Hector pudiese evitarlo, y comenzó a rezar el *Padre Nuestro* con piedad y fe incomparables, confiando en que el Padre Celestial que escucha, según se dice, las

plegarias de los hombres, tendría conmiseracion de él.

¡Vana esperanza!

¿Por qué no habrá, ciertamente, un Sér que consuele en los máximos instantes de dolor? ¿Por qué no habrá un verdadero Padre que enjugue las lágrimas de sus hijos con amoroso ademán?

Ah! Mísera humanidad, producto fortuito de los átomos, no te es dado experimentar esa ventura. Sufres, y nadie mitiga tus dolores; lloras, y nadie enjuga tus lágrimas; ruegas, y nadie escucha tus ruegos. Eres la vencida eterna, y ya se conoce la amenaza que pesa sobre quien no luzca la clámide de los triunfadores:

VŒ VICTIS!

XIV.

XIV

Conforme el médico había supuesto, la pequeña mejoría del niño fue fugaz. Amaneció peor, sin que nada fuese parte a aliviarle. Su respiracion se dificultaba y ya no podía tomar ninguna clase de alimentos, ni siquiera aquellos que por ser líquidos tenían mayores facilidades para la deglucion.

Jorge miraba lo que sucedía sin darse casi cuenta, pues había caído en una especie de marasmo. Luisa Teresa sufría horriblemente.

Veían que esa vida se extinguía por momentos, como una débil lucesilla al soplo de la brisa.

Alrededor de la cama se hallaban todos congregados cuando llegó el padre Zabaleta a poner los santos óleos a su sobrino.

Fue un momento indecible, en que mortal silencio imperaba por doquiera, solo interrumpido por algún suspiro escapado dificultosamente de pechos amantes.

El moribundo tenía en las manos la *vela del alma* y recibía las miradas de los circunstantes, quienes arrodillados en torno de la cama rezaban las *Siete Palabras*.

La lívida faz del agonizante tenía las pupilas empañadas por el sombrío velo de la muerte. Sus ojos se abrían, haciendo plegarse la piel de la frente. Algunas gotas de sudor le corrían por la nariz y de la boca fluía una ligera baba que, al deslizarse por las mejillas, era enjugada por una mano solícita.

El moribundo llevaba la diestra a la frente, como si en ella sintiese algún dolor intenso.

De pronto sus ojos se abrieron por completo, lanzando en derredor una mirada inexpresable y volvieron a cerrarse, esta vez para siempre.

Al tener sus padres seguridad de que estaba muerto, rompieron en amargo y estrepitoso llanto.

Hector contemplaba esta escena de lejos, de pie en un rincón del cuarto, mientras pensaba que era una dicha para el hijo de Jorge morir en esa edad, sin que la simiente dolorosa de la vida hubiese germinado en él.

Tambien pensaba que la serie de actos con que la Religion Católica precede la muerte de sus sectarios, es cosa que basta para concluir más pronto con cualquiera. Para un sér pensante es espantoso mirar, con sus propios ojos, los aprestos que se hacen para ayudarle a morir. Sentir que colocan en sus manos una vela anunciadora de su fin, escuchar los ruegos que de antemano se elevan por su alma, oír las súplicas que se remontan hasta Dios encareciéndole perdón para él, *porque no supo lo que hizo*, son, ciertamente, actos superiores a lo que puede resistir la tan alabada máquina humana.

Es una crueldad acelerar la muerte con semejantes exterioridades.

Los que más sufrían con aquella pérdida, además de los padres, eran doña Carmen y Ernesto. Para aquella equivalía a perder uno de sus hijos; para éste a

perder su alma, pues Ernesto veía en la muerte del niño un símbolo que le presagiaba la de su alma.

Despues de las exequias fue que toda la familia sintió la necesidad de reposo. En efecto, las continuas vigilias y los sufrimientos de la gravedad del enfermo y su muerte, habían dejado los organismos enervados y el cuerpo reclamaba sus derechos.

A los pocos días, en medio del duelo general, regresó a Caracas el padre Zabaleta. Pero antes fue al cementerio a depositar sobre la tumba del ausente unas flores de recuerdo.

Al aproximarse a la huesa vió, a favor de los últimos rayos solares, que una persona estaba allí. Reconoció a Hector, lo saludó silenciosamente y se arrodilló, poniéndose a orar.

Hector permanecía de pie, contemplando a su hermano.

Y ambos, el escéptico y el creyente, pensaban en el insondable misterio allí encerrado.

Hector se decía:

Es el Catolicismo el que ha rodeado la muerte de una sombra pavorosa. Antes no se la consideraba sino como una libertadora de los dolores mundanos, como una hermosa imagen que, al estrechar al hombre entre sus brazos, le redimía de los males. Oh! Delicioso es pensar cómo era juzgada la muerte en el Mundo Antiguo. Con razón clamaba Menandro: "El más dichoso es el que, sin pesares en la vida, habiendo solo contemplado sus hermosos espectáculos, el sol, el agua, las nubes y el fuego, regresa prontamente al sitio de donde ha venido." Y el ilustre autor del *Satiricón*, exclamaba: "Vivamos en tanto que podamos gozar." Ah! La muerte libra de todos los pesares y, sobre todo,

del más intenso: del pensar. Bien podría colocarse sobre todas las tumbas el epitafio romano *Bonœ quieti.*

En tanto que esto pasaba en el cerebro de Hector, el de Ernesto era incesantemente atormentado:

¿Por qué, Dios mío, te has llevado a ese inocente? He debido ser yo el herido por el rayo de la muerte. ¿Para qué vivo y cruzo el mundo si no me es dado levantar la frente sin enrojecer de vergüenza? Vivir mi vida es sufrir, como aquel hijo de Júpiter, violador de sus secretos, un suplicio infernal. Hay veces en que desearía arrancarme el cerebro y el corazón: ni pensar, ni sentir. Cuando la inteligencia no ha sido cultivada el espíritu goza de calma, pues no lo preocupan ni los problemas de la vida ni las incógnitas de la muerte. Se deja llevar del acaso. Por eso ha dicho el Eclesiastés: "Quien aumenta saber aumenta dolor. ¿Qué resta al hombre de todo cuanto trabaja? El sabio y el ignorante acaban de un mismo modo. El cuerpo se convertirá en ceniza y el espíritu se disipará como aire ligero y se esparcirá como el polvo." Todo anhelo es inútil.... Pero no, Dios mío, blasfemo. ¡Perdóname, Jesús! Merezco compasion. Es que el dolor turba mis facultades mentales. Detén en mí tu mirada y exclama como exclamaste en el santo madero: "Perdónalos, Padre mío, porque no saben lo que hacen." Yo tampoco sé lo que hago y por esto, excelso Redentor, ilumíname, prende en mi sér el sacratísimo fuego de tu amor.

Y al pronunciar la palabra amor vino a su pensamiento el recuerdo de Susana.

Un extremecimiento sacudió su cuerpo y un frío polar heló su sangre.

Hector, viendo que inclinaba la cabeza, se le acercó, tocándolo en el hombro.

El sacerdote volvió en sí, miró dónde se hallaba y dijo a su hermano:

—Ya no me acordaba ni de tí. Aguárdame.

Lentamente se puso en pie.

Hector, fijando en él los ojos, le dijo:

—Y bien, Ernesto, qué has resuelto?

—Lo sé yo acaso?

—Estás obligado a tomar una resolucion.

—Hector, pierdo mi alma sin redencion posible. Estoy tentado a creerme el Antecristo: tal es la iniquidad de mis actos.

—Querría persuadirte de que en nuestros hechos nada es espontáneo, por voluntad propia, sino motivado por las circunstancias, las herencias psíquicas y mil causas agenas al hombre. Por otra parte, cuanto sucede es inevitable para la marcha de la evolucion universal.

—Entonces ¿qué es de Dios?

—Ah! ¿Por qué dar ese nombre al origen primitivo de las cosas? El hombre, en su anhelo infinito de explicarse los misterios que lo rodean, ha creado, a fuerza de divagaciones, un sér antropomórfico a quien atribuye cuanto existe.

—Luego eres ateo.

—No, Ernesto. El ateísta no puede existir porque la realidad de Dios no puede ni probarse ni negarse.

—Pero ¿desconoces las pruebas de su existencia?

—El gran Kant las ha analizado, demostrando las antimonias que encierran. Además, esa idea, que se ha querido hacer fundamental para la humanidad, está

fuera del campo de la investigacion positiva y debe por tanto, relegarse al terreno de incognoscible, sin aventurar deducciones que no son, en puridad, sino peticiones de principio.

—Hermano mío, veo que no te es dado creer, del mismo modo que a mí no me es posible ser incrédulo.

—Lo cual es una nueva demostracion de la irresponsabilidad humana.

Y tomaron el camino de la casa, guardando silencio, mientras ambos pensaban en el fondo de verdad que podía haber en las afirmaciones de uno y otro, ya que, como ha dicho Anatolio France: "Todo es demostrable, menos lo evidentemente cierto."

XV.

XV

El mismo día en que llegó a Caracas el padre Zabaleta lo supo Susana por una carta que él colocó, antes de tomar el tren, en el buzón de la Estacion.

Grata impresion fue la suya, porque había llegado, al fin, a sentir por el cura verdadero afecto.

Sin embargo, habíase conducido con Henrique de manera que nada sospechara. Siempre se veían a las mismas horas y daban sus paseos acostumbrados. Susana había logrado engañarlo magistralmente.

La mujer es tan astuta que puede jugar, a la vez, con el corazón de dos o más hombres, sin que estos se den cuenta de tan divertido juego. Para todos tiene la misma palabra vehemente, el mismo gesto cariñoso, la misma dulzura inagotable. Sobre ella como que gravitan, abrumadoramente, condiciones y tendencias que la hacen constituir una necesaria calamidad. Difícil es comprender y explicar su íntima constitucion.

Al recibir Susana la carta del sacerdote, envió un chiquillo a su casa para cerciorarse del regreso y como la respuesta fue satisfactoria, dispuso visitarle.

Dos causas la impulsaban a hacerlo: halagarlo yendo a su encuentro y satisfacer la necesidad particular que sentía.

Se puso unas graciosas zapatillas que permitían ver la bien modelada forma de su pie y las ricas medias caladas en hilo escocés que usaba.

Escogió para trajearse un vestido color de rosa con aplicaciones adecuadas y un sombrero blanco de hermosas plumas.

Lo demás de su tocado fue en extremo cuidadoso.

La cabellera, negra y opulenta, enmarcaba su faz de sulamita adorable y caía sobre la nuca aprisionada por varias peinetas de carey. Los zarcillos desteliaban al mover la cabeza.

Despues que estuvo ataviada se contempló al espejo y quedó admirada, porque estaba verdaderamente deliciosa. Ataría sin piedad a su carro de vencedora en las lides del amor a cuantos se le antojase.

Además, se perfumó con su extracto predilecto, pues no ignoraba el efecto que producen en el organismo los olores, cada uno de los cuales predispone a determinados estados anímicos, desde la embriagadora voluptuosidad, la sana y fresca alegría, hasta la grave delectacion y la ignota melancolía.

Veíase aún en una luna de Venecia.

—Estoy sugestiva y tentadora—esclamó.—Buena sorpresa va a llevarse Ernesto cuando me vea.

De repente observó que algo le faltaba. Era una cadenita con una imagen de la Virgen, que siempre llevaba consigo. La buscó y se la puso al cuello, quedando la pura efigie sobre la nívea y aterciopelada carne de su seno.

Al cabo de poco salió.

Andaba lentamente, como para dar tiempo a que las miradas pudiesen estudiar la perfeccion de su belleza.

Era sábado, lo que la indujo a dirigirse hacia la Plaza Bolívar, donde los conciertos infantiles atraen grande afluencia de personas.

Entró por el ángulo situado entre la Oficina de Correos y la Casa Amarilla, con paso real y dirigiendo a todos lados, con la vista, relámpagos provocadores.

Tan pronto como llegó al centro de la Plaza fue el punto de convergencia de todas las miradas. Los ojos la persiguieron implacablemente y los pensamientos la analizaron, despojándola, con sensualidad, de sus ropas.

Y en algunos grupos los nobles y perfumados lechuguinos de la Capital, que fincan todos los timbres de honor en la pulcra brillantez de su pechera, lo alto de sus cuellos y el elegante corte de sus ropas, porque eso de pensar es ridículo, ya que es la vida mucho más agradable poseyendo un cerebro huero, decían:

—Qué hermosa es!

—Quién la poseyera!

—Qué curvas tiene!

—Con cuánta gracia camina!

Eran las frases con que en aquel sitio, donde nunca se murmura, conságrase la belleza de cualquiera mujer, antes de entrar a decir lo que de su vida se sepa, sea cierto o hipotético, que en el fondo lo mismo da, según general creencia.

Algunas de estas palabras llegaban a oídos de Susana, quien las recibía como un himno entonado a su hermosura.

Iba pensando en cómo elogiarían las líneas de su

cuerpo, sus movimientos ondulantes, el garbo con que recogía las faldas, todo lo que hacíala erguirse con nueva y más profunda seguridad de que nadie resistiría sus encantos.

Cuando llamó en casa del padre Zabaleta experimentó grandísima emocion. ¿Estaría allí? ¿Saldría a su encuentro? Pronto iba a saberlo.

Quien contestó a su llamamiento fue el mismo sacerdote, porque como su habitación quedaba frente al entreportón, había dado orden a Teresa de que estando él en la casa no atendiese a la puerta.

Escuchó Susana su voz y repuso:

—Gente de paz.

No la reconoció el cura en el primer momento y dijo:

—Adelante.

Susana pasó al interior, causando al padre Zabaleta honda impresion.

El sacerdote abrió los ojos, se pasó la diestra por ellos, entreabrió la boca y quedó abismado, vacilando entre si sería aquello una aparicion fantástica o una realidad efectiva.

No alcanzaba a explicarse la audacia de Susana.

Pero no había duda, estaba frente a él, de pie, majestuosa como una reina, incitante como el pecado y cual la Santísima Madre de Dios, resplandeciente. Sí; era Susana, que iba a su encuentro con el índice sobre los labios, como si le encargase guardar silencio; que se erguía a tres pasos de él, mirándolo con fijeza, como si quisiese hipnotizarlo.

Por último dijo:

—Tú aquí!

—¿Qué tiene de extraño? Vengo a saber cómo has llegado y a saludarte.

—Huye de esta casa, Susana. Retírate. Si engañaste al *úno*, no lo hagas tambien con el *otro*. ¿Por qué me persigues? Estás empeñada en perder mi alma....

Susana no hizo caso de tales palabras; avanzó e inclinándose hacia él rozo con su pecho una mejilla del sacerdote, al mismo tiempo que con su aliento le bañaba el rostro, diciéndole:

—Amor mío, ¿por qué me desechas? ¿Quieres matarme? Ejerce en mí, que deliro por tu amor, la caridad de tu apostolado. Recuerda que tu Maestro pidió de beber a una mujer inmunda, perdonó a una hermosa pecadora impenitente y se dejó ungir con aceite y perfumes la cabeza y los pies, por manos femeninas. Lo afirmado por él es aplicable a sus discípulos. Por eso cuando dijo: "Yo soy el pan de la Vida; el que viene a mí no tendrá hambre y el que en mí cree no tendrá sed", se sobrentiende que faculta a sus representantes para, en nombre suyo, calmar el hambre y mitigar la sed. Yo sufro hambre y sed infinitas de besar tu boca y estrecharte entre mis brazos. Y te diré como en los Proverbios: "Sacrificios ofrecí por tu salud; hoy he cumplido mis votos. Por esto he salido a tu encuentro deseosa de verte, y te he hallado. Ven, embriaguémonos de amores y gocemos las caricias deseadas."

El padre Zabaleta sintió correr por sus venas un fuego abrasador, el alba roja del deseo tuvo lugar en él, la mirra, el cinamomo y el olíbano de los Cantares salomónicos hirieron su olfato, una divina embriaguez se apoderó de su sér y, frenético, rodeó con los brazos a

Susana, besando la flor opulenta de su boca y exclamando:

—¡Gloria a Dios que ha creado la mujer!

No conforme con lo que hacía cayó a sus plantas y besó la hebilla de su calzado.

Susana, al verle allí, lo obligó a levantarse, diciéndole:

—Levántate, Ernesto. Aquí sobre mi corazón está tu puesto.

Inconscientemente habían penetrado al interior del cuarto.

En ese momento tropezó la mirada del cura con un Jesús Crucificado y con una imagen de la Inmaculada Concepcion. Un dardo aleve hirió su corazón al ver que las mejillas de la Virgen se coloreaban de pudor.

Susana habíase soltado la cabellera y el padre Zabaleta, contemplando tan hermosa mata de cabellos, introdujo la cara entre sus bucles, saturándose de agreste y exótica voluptuosidad.

Y se poseyeron, con incomparable ardentía, en medio de la religiosa estancia, frente a las sagradas efigies, al lado de la biblioteca de obras místicas y a los pálidos reflejos de la lámpara del Santísimo Sacramento.

Agotaron el placer, la sensacion, el refinamiento y quedaron, languidecentes, el uno al lado del otro, mientras que sus cerebros apuraban, en el cáliz del amor, el confortante vino del goce saboreado.

Cuando Susana salió de allí había ya oscurecido y deseando llegar pronto a su casa tomó un coche.

El padre Zabaleta permaneció anonadado, sintiéndose invadido por una lasitud que le hacía decirse:

—Empiezo a sufrir el castigo divino. ¡Pobre de mí!

Se dirigió a la puerta del cuarto y sintió que pisaba un objeto. Inclinóse para recogerlo y encontró uno de los guantes de Susana y un lazo de seda.

Entonces, desagradado, los arrojó en un baúl, pensando en hacerlos desaparecer.

Y aunque era hora de comida quedó indiferente en su dormitorio, sintiendo que el desencanto del deseo satisfecho embargaba su corazón.

XVI.

XVI

Hector, a su llegada a la Capital, era aguardado en la estacion del ferrocarril por Henrique, quien al saludarlo afectuosamente le preguntó:

—¿Cómo ha quedado la familia?

—Triste, muy triste. Ha sido un golpe muy fuerte.

—En verdad, es muy dolorosa la pérdida de un hijo, y mucho más como el extinto. ¿Fuiste a Macuto?

—Sí. Despues de la venida de Ernesto estuve allá a darme unos baños. Es un agradable balneario. Lo único lamentable es que su casa de baños no esté montada con las comodidades modernas.

—Algún día lo estará. El progreso viene lentamente.

—Pero ya Caracas requiere un sitio de temporada que posea mayores comodidades.

—Ciertamente, aunque las cosas no existen en esta tierra porque sean necesarias, pues si fuésemos a

hablar siguiendo ese criterio debían existir muchas que hacen notable falta.

Y tomaron el camino de la casa de Hector.

Una vez en ella, el recien llegado cambió de traje, en tanto que su amigo, sentado en un canapé, fumaba.

En breve terminó Hector y fue a sentarse al lado de Henrique, pensando de qué modo se ingeniaría para hablarle de los nuevos amores de Susana, porque despues de haber meditado sobre el particular había resuelto ponerlo en cuenta de todo, para que Susana sufriese la determinacion a que se hacía acreedora con su conducta.

Comprendió que no debía empezar directamente; así fue que le dijo:

—Nada me has dicho de Susana. ¿Cómo se encuentra?

—Ah! Veo que no te es indiferente.

—No lo creas. Es por tratarse de una mujer con quien llevas relaciones.

—Pues está como siempre: buena y consecuente.

—Mientras estuvieron ustedes por La Guaira nos pasamos un día de campo. No puedes figurarte nuestro placer. Como conozco tu espíritu, voy a referirte las peripecias de ese paseo. Salimos de aquí muy de mañana y a poco llegamos a las cercanías del bosque, bajo cuyas frondas experimentaríamos, en breve, las más agradables sensaciones. Con ingenua alegría penetramos en él, internándonos siempre más.

—Entonces fue un paseo delicioso. Y solitos!

—En medio del bosque nos envolvió un airecillo que acariciaba nuestros cuerpos.

Susana me llevaba la delantera. Iba con el pelo suelto, apoyada en mi bastón, retozona como una ninfa.

Sus pies hollaban la húmeda yerba y me indicaban el querido rastro. Nunca la he visto más encantadora. De vez en cuando se volvía hacia mí y me enviaba besos con la mano.

Se había puesto en la cabeza y en el pecho algunas flores silvestres de acre aroma.

De pronto nos hallamos con un arroyuelo. Su rumor llegó a nuestros oídos desde lejos y la humedad del ambiente nos indicó su presencia.

Al llegar a la orilla tomó asiento en un añoso tronco derribado y cruzó las piernas.

Aquel riachuelo era un inconveniente para la marcha, porque nos interceptaba el camino. Le propuse cargarla en mis brazos y pasarla al otro lado.

—Oh! no—me dijo.—Peso mucho y juntos caeríamos al agua.

—Y yo te creía liviana—le contesté riéndome.

Comprendió ella la intencion de mis palabras y repuso, riéndose tambien:

—En ningún sentido, querido mío. Lo mejor es salvarlo yo misma.

Y con tal fin comenzó a descalzarse. Qué momento aquel! Pronto estuvo lista, con el calzado pendiente de mi bastón, que colocó sobre su hombro, como si fuese de viaje, y la falda recogida, dejando visible la nieve de sus piernas, donde exquisita euritmia palpitaba. Al penetrar en el agua lanzó un grito.

—Ay! qué frío, Henrique.

Yo guardaba silencio, viendo deslizarse el agua por entre sus diminutos pies y pensando que todo aquello formaba parte del encanto soberano de la naturaleza.

En medio del agua, volviéndose hacia mí, rió galantemente.

—Oh! Hector. Debes enamorarte, aunque sea por entretenimiento, como lo hago yo, porque es necesario. La mujer es para el hombre una Samaritana que mitiga con sus besos, palingenesia de sortilegio perpetuo, la sed que lo consume. Su boca, manantial inagotable de voluptuosidad, piscina milagrosa de sensualismo, vierte sobre nosotros el licor del supremo deleite.

—No, querido amigo; déjame saborear mi amada libertad y continúa la narracion, porque estoy seducido por tu magia evocadora.

—Cuando estuvimos en la opuesta orilla nos calzamos de nuevo y continuamos internándonos. Era de verse la agilidad con que Susana saltaba por sobre las ramas y zarzas que había en el suelo, marchando siempre adelante.

A veces me decía:

—A que no me alcanzas—y apresuraba el paso. Luego se detenía jadeante, sudorosa, con las mejillas inflamadas, el pelo en desorden, agitado el pecho, los ojos brillantes, anhelosa la respiracion. Entonces iba a su lado y calmaba sus ardores con mis besos y caricias.

Por fin encontramos un pequeño retiro, a propósito para cobijar un amor. Allí nos detuvimos.

Y pasé un día trasladado a la florida y dichosa Arcadia, en la remota edad en que el Gran Pan tocaba su flauta en medio de los campos cubiertos de pimpollos, oyendo deslizarse a lo lejos cristalino arroyuelo, a cuyas orillas los tiernos céfiros jugueteaban con las náyades, arropados amorosamente por el manto cariñoso

de la madre universal, fecunda generadora de cuanto existe.

Fue una resurreccion de épocas felices y pensé con el poeta: "¿Qué sería la vida sin el amor? ¿Qué goces hay sin él? Muera yo cuando me sea negado el amor!"

—Me explico que fueran instantes memorables; pero con todo lo que me has referido me confirmo en la opinion que tengo de la mujer.

—¿Por qué? No encuentro ninguna relacion entre lo que te he contado y lo que afirmas.

—Ya la hallarás. ¿Qué dirías tú si Susana te engañase?

—No lo creo. Soy suficientemente observador para ser engañado.

—Te equivocas. En estos lances el herido es el último que tiene noticia de ellos.

—Es verdad; pero....

—Nada. Susana te es infiel.

—Será posible?

—Como lo oyes!

—Podría saberse quién es mi rival y si es digno de mí?

—Tén calma. Todo lo sabrás.

—Pero es increíble.

—No. Respecto de la mujer nada es increíble: tales son las complicaciones de su psicología.

—Si tuvieras razón me retiraría. Son tantas las hijas de Eva, que no vale la pena sufrir por alguna felonía de cualquiera de ellas. Además, no amo a Susana. Me ligan a ella, únicamente, mi sentimiento de artista, que admira la harmonía de sus formas; mi temperamento de refinado, que halla en su persona sensaciones no comunes; mi alma de poeta, que encuen-

tra en su sér intenso *leit motiv* para pulsar la lira. Con facilidad podría volverle la espalda.

—Pues prepárate a efectuarlo, querido amigo.

Y le contó la historia de los amores de Ernesto con ella.

A pesar de que Henrique se preciaba de dominarse, sufrió con aquel engaño fuerte impresion.

Al cabo de un gran rato se despidió de Hector, tomando el camino de su casa, donde iba a vestirse para luego hablar con Susana.

Pensaba, entretanto:

Aunque no la ame debo hacerle saber que no soy un necio. Oh! sí. Se lo haré conocer. Tengo que hablar con ella para decirle: Infiel, sé que me engañas con el padre Zabaleta; así es que guarda para él todo tu amor. No me hace falta. Si encuentras más placentero amar a un tonsurado con quien no puedes llevar sino relaciones sacrílegas, sea. Me retiro, porque nunca he sido juguete de ningún corazón femenino.

De pronto fue su pensamiento en otra direccion:

Es una exigencia resultante del egoísmo masculino pensar que no pueden las mujeres amar sino a un hombre. No hay razón justificada para condenarlas a uno solo. Del mismo modo que nosotros podemos amar varias mujeres, éstas pueden amar varios hombres.

Y fluctuando entre dos caminos, el de la severidad y el de la piedad, se dirigió a la casa de Susana.

XVII.

XVII

Mientras esta serie de sucesos tenía lugar, salía a la luz pública la obra de Hector; la misma que juzgaba Henrique como una bomba de dinamita lanzada en plena Capital.

Hector le había dado las últimas pinceladas y enviádola a la casa editora, sin pensar en lo que pudiera acarrearle esa publicacion, dados el medio y las circunstancias existentes. Hector, que era un espíritu ayuno de vacilaciones, no experimentaba temor alguno por el paso que daba.

Aunque la mayoría de las personas no pudiese penetrar el sentido del libro, no se preocupaba, porque bien sabía que la muchedumbre suele pasar por sobre muchas obras notables sin apreciar su estilo, método, escuela ni tendencias, lo que conviene muchas veces al autor, pues teniendo un reducido número de lectores, éstos tienen que ser de clara inteligencia.

Hector no era individuo a quien atemorizaban anatemas y protestas. Veíalos con absoluto desdén y pensaba, al hacerlo así, que siempre han sido atacados

con furia sin igual todos los autores que no se complacen en adular al público con bellas mentiras, sino que sometiendo a riguroso análisis cuanto cae bajo el escalpelo de su crítica, examinan sin cesar y despiadadamente.

Un diario anunció la salida de la novela, emitiendo un favorable concepto sobre ella, por conocer varios de sus capítulos, lo que dió lugar a que fuese condenada con antelacion.

Se la condenó desde el púlpito, el confesonario y la prensa. Se recurrió a todos los expedientes imaginables para hacerla aparecer como corruptora de las costumbres, pervertidora del sentimiento cristiano y hasta del orden establecido en la República.

Por doquiera se elevaba un puño amenazador y una voz escarneciente.

A su familia llegaba el eco de los sucesos, pues almas caritativas, fieles guardianes de las tradiciones de Jesús, le enviaban por correo las hojas en que era atacado, anotándole los párrafos peores.

Doña Carmen sufría acerbamente.

—Ay! hija mía. Si quien me manda esos diarios supiese el daño que me causa, se abstendría de hacerlo. No basta que pierda a mi nieto más querido, que vea enfermo a Ernesto, que mire el desconsuelo de Jorge: es preciso tambien que contemple la general reprobacion que provocan los libros de Hector. Esto desgarra mi corazón.

—Pero mamá, si sólo él es responsable de sus actos. ¿Por qué sufres de ese modo? Consuélate! De lo contrario puede enfermarte el pesar y entonces sería completa nuestra desgracia.

—No puedo permanecer indiferente, porque en las

faltas de los hijos tienen no poca parte, a los ojos de Dios, los padres. ¿Crees que no será odiado mi nombre por quienes lean ese libro? Luisa, Hector me matará, pues solo tiene talento para hacerme sufrir. No obstante, me inclino ante los mandatos de Dios. ¡Quién sabe qué se propone con estas cosas!

—Sí, madre mía. Eleva a El tus sufrimientos y ten fuerza de voluntad para resistir los embates de la suerte.

—Es verdad, hija mía. Gracias repetidas doy a Dios, que me ha concedido, siquiera, tener una hija capaz de enjugar mis lágrimas y endulzar mis amarguras.

—Ten esperanza, y confía en que Hector volverá sobre sus pasos. Si hoy se aleja de las creencias católicas es por una deplorable desviacion de su juicio; pero Dios se compadecerá de él y lo iluminará.

—Ojalá te escuche, hija mía!

Tales fueron las palabras cruzadas entre madre e hija en aquella solemne ocasion.

El sacerdote tuvo, igualmente, noticias de la publicacion; pero su estado no le permitía atender a nada.

Despues que deshojó la flor de su virtud sintió en el corazón dolor profundo y en el alma arrepentimiento infinito.

Tras la caída vergonzosa vislumbró una luz lejana que le hizo concebir la idea de que, purificándose, podría obtener perdón para su casi inexpiable culpa.

Despues de algunos acontecimientos decisivos en la vida del hombre, vienen instantes en los cuales sería mejor no existir, por librarse del peso que se siente en el alma.

Sostenía una lucha tenaz en la que casi triunfaba su religiosidad, haciéndole ver que no podía, por manera alguna, amar humanamente.

Sin embargo, las palabras de Hector referentes a la compasion que debe tenerse con las flaquezas del hombre, asaeteaban su pobre corazón, demostrándole que no debía convertirse en dique de los sucesos, so pena de caer victimado sin misericordia.

El sér que han dado en creer formado a imagen y semejanza de un Dios perfectísimo, es, sobre el glóbulo terrestre, aquel cuya condicion es más contristadora. ¿Qué son y a dónde tienden sus aspiraciones, ensueños, desvelos, apetitos? El mismo no lo sabe! Y está tan lleno de vana pompa, tan inclinado a infatuarse, tan pagado de su soberbia, que ve en cada trivialidad de su corta vida un hecho de primordial trascendencia.

Horrorizado el padre Zabaleta de su descenso al antro de la materia, no se daba tregua ni descanso en sus prácticas pías.

Ayunos, vigilias, rogativas, eran poco para él, que ansiaba hallar un nuevo modo de humillarse ante el Eterno, en el cual residiese un desconocido poder remisorio.

Todas las almas compadecían al joven párroco, pensando en el pesar con que lo abrumaba su impío hermano, que sin respeto al sacerdote que había en la familia, sin cuidado por la sociedad en que vivía y sin miramientos a las creencias generalmente profesadas en la Nacion, atrevíase a publicar ese libro inicuo, en cuyas páginas fulguraba un destello infernal.

El padre Zabaleta sufría más y más al pensar que si Hector combatía contra todo y contra todos a visera levantada y palenque descubierto, él lo hacía a

la manera de aquellos a quienes aplicó el Cristo las palabras: "Sois semejantes a sepulcros blanqueados que, a la verdad, parecen hermosos por fuera; mas, por dentro están llenos de huesos de muerto y de toda inmundicia." Y una indignacion contra sí mismo palpitaba en su sér, viendo que en la obra de su hermano había, a diferencia de la suya, algo de verdadero mérito, toda vez que era obra de valor y de sinceridad.

XVIII.

XVIII

Aunque en un principio Henrique había vacilado respecto a la determinacion que debía tomar con Susana, concluyó al cabo que debía romper con ella definitivamente, sin contemporizaciones de ningún género y sin debilidades de ninguna especie.

Estaba resuelto a un irrevocable rompimiento y creía que nada podría ser parte a entibiar su resolucion.

Sentía el aguijón de los celos, lo que le era tanto más extraño cuanto que en los amores con Susana pensaba que todo lo habían puesto sus sentidos y nada su corazón.

Cuando empezó a enamorarla guiábale solamente el placer y estaba en la conviccion de que, en un momento dado, podía abandonarla como a cualquiera otra mujer, por lo que nunca le había interesado saber si sus condiciones morales estaban inscritas en el escalafón de las que apellidan virtudes, o no lo estaban.

Empero, al tener noticias, por boca de Hector, de que Susana compartía su amor entre él y el padre Za-

baleta; al pensar que sus caricias serían para los dos y que tal vez habría besado la huella de los labios del cura al besarla a ella, sintió que un orgasmo impetuoso se apoderaba de él.

Esta crisis lo cegó y le inspiró ansias de libertarse de aquella mujer.

Trató de que en su faz resplandeciese la mayor tranquilidad, con el fin de ser siempre dueño de sí mismo y no despertar recelos en Susana.

A pesar de todo, al verle entrar, ella descubrió, con sutil perspicacia, que algo lo preocupaba y le dijo al empezar la conversacion:

—Amor mío ¿qué tienes? Muestras una expresion que no me es desconocida, porque bastante me ha hecho sufrir. Dímelo, amor, ¿te he dado algún motivo de queja? ¿He dejado de ver en tí el encanto de mi vida, el cantor de mis amores? Ah! Guardas silencio, sabiendo que quien calla otorga.

—Tus palabras resuenan en mis oídos, Susana, como falaces cantos de Sirena.

—¿Qué dices, Henrique? No te conozco ni sé qué tienes.

—Pero me conocerás y sabrás lo que tengo. ¡No sé cómo tienes valor para erguir la cara ante mí! ¿Te imaginas que tus actos han de permanecer ocultos?

Susana, por fin, comprendía que estaba descubierta, porque Henrique se refería, sin duda, a sus relaciones con el padre Zabaleta. Mas ¿cómo lo había sabido? He ahí una duda que no podía resolver en la actualidad. Sin embargo, sabiendo de qué se trataba, o sospechándolo, su defensa era más fácil.

Henrique continuó:

—Susana! Susana! Jamás creí que tus labios

pudieran mentir como lo han hecho, ni que tu pecho palpitase por dos hombres. Y veo que todo ha sido posible.

Y el poeta se desató en amargas palabras, dejando fluir de sus labios, inspirados de pronto por el dolor, un raudal que manaba sin cesar.

¿Qué sucedía a Henrique? ¿Cual transformacion había sufrido? Mientras miró a Susana como suya, sintió hacia ella si no indiferencia tampoco un profundo interés. Ahora, con la presencia de otro hombre y la rivalidad consiguiente, vibraba en él el inextinguible celo del macho. Parecía que hubiese incubado un encono mortal en las profundidades de su sér, el cual surgía de pronto a la superficie, terrible y devorador.

Lo que fue hasta entonces pasatiempo, se cambió en verdadera pasion.

Henrique rugía frente a Susana y con duras palabras e increpaciones inmisericordes le echaba en cara su doblez.

Ella, con habilidad felina, trataba de ejercitar las influencias que sabía poner en juego y decía a Henrique, con voz modulada y acariciadora, que contrastaba con la de él:

—Pero dime, mi vida, ¿qué te propones con cuanto me dices?

Y se le aproximaba, certísima del efecto turbador de su contacto.

—Me has engañado infamemente, Susana. Amas tambien a otro hombre. No me perteneces por entero. Me extremezco al pensar que tus labios, tu seno, tus brazos, en una palabra, tu persona toda, con sus primores y delicias, ha gemido de amor bajo la presion de

otros brazos y al calor de otros besos. Susana, amas al padre Zabaleta!

Este nombre la hirió a quemarropa, provocándole un movimiento que dominó por taumaturgia de la eterna sagacidad femenina, de la imperecedera astucia mujeril, exclamando:

—Henrique, aléjate de mí; no puedo ver a mi lado, tranquila, a un hombre que así me ofende. Cómo! Yo capaz de amar a un sacerdote!

Y se erguía indignada, rabiosa, furibunda, valorando la magnitud de ese ultraje.

—Nunca creí que pudieses llegar a arrojarme a la faz el ludibrio de semejantes palabras! ¡Desdichada de mí, que deposité en tí todo el caudal de mi ternura, constituyéndote en venero de mis afectos! Despiadado! Me condenas sin previo juicio y sin pruebas.

Henrique guardó silencio, dejando ver a Susana que vacilaba.

Lo comprendió ésta así y reanudó sus exclamaciones.

—Sí; pobre de mí, que he sido convertida por tí en una desgraciada.

Y se sacudía mortalmente, como un endeble árbol al empuje de un viento huracanado.

Las manifestaciones de dolor que daba eran cada vez más vivas.

Oprimíase las sienes, se extremecía, gimoteaba.

El la contemplaba silencioso.

Por último, Susana dejó fluir de sus ojos un manantial inagotable de lágrimas que, trágicas y quemantes, corrían, corrían, humedeciendo sus tersas mejillas.

Viendo Henrique su estado, sintió nacer en sí la conmiseracion y se apiadó de la delincuente; pero no queriendo demostrar debilidad le dijo, tratando de huir de ella:

—Olvídame! Olvídame!

Susana se doblegó, cual si fuese a caer y Henrique, instintivamente, trató de sostenerla, rozando, al hacerlo, las pomas de sus pechos. Ella se apoyó en él con fuerza y dijo con voz de arrullo:

—No puedo más. Me muero.

Henrique se vió asaltado por los recuerdos.

Cegado, inconsciente para lo que no se relacionase con Susana, reconstruía los instantes en que a su lado la había prodigado sus caricias, recibiendo las suyas.

Recordaba los capullos magnolinos de sus senos, las estatuarias curvas de las caderas, la morbidez de los brazos, lo torneado de las piernas, y sentía renacer en él toda la eterna lujuria humana. Después mirábala nuevamente junto a sí, queriendo consumirlo, mordiéndole los labios, haciéndole cosquilleos en la lengua con los dientes, aplicando la boca a sus carnes como una ventosa, y fue víctima del inextinguible deseo de la Carne, del absorbente e inmortal anhelo de posesion....

Y el renacimiento de sus amores tuvo lugar, transfigurándolos, aureolados, como lo fue, en la cumbre del Tabor, el Hijo de María.

Susana respiró con libertad, porque la batalla estaba dada y obtenido el triunfo.

Henrique cayó a sus plantas, como antes lo había hecho el padre Zabaleta, y exclamó:

—Perdóname, Susana, perdóname. He sido un infame.

Ella lo contemplaba allí, vencido, impotente, humillado, y experimentaba una satisfaccion sólo comparable a la que puede experimentarse cuando se saborea una inexorable venganza, largo tiempo aguardada.

Una vez más fue proclamado el predominio femenino.

Sobre las ruinas del templo de su carácter se irguió, fatal y orgullosa, la imagen de Susana; en el horizonte de sus ideas apareció, oscura e impenetrable, la silueta de la mujer y sobre el trono de su pensamiento posó la planta, soberbia e indomable, la eterna Eva triunfadora!

XIX.

XIX

El padre Zabaleta meditó largamente sobre su situacion y comprendió que era necesario un sacrificio de su parte para obtener el perdón que su falta reclamaba.

Al efecto, resolvió tener una conferencia con Hector.

Lentamente, madurando a conciencia lo que le diría se encaminó hacia su casa.

A su rededor se deslizaba la vida sin que él se apercibiese de nada, porque su intelecto se hallaba sobradamente preocupado.

Bajo el peso de pesares tan crueles había sufrido una conmocion, que, desde hacía algún tiempo, adquiría desoladora intensidad.

¡Pobre sér humano, encadenado sin piedad a la desgracia, apenas si podía hallar alivio en una pasion en la cual estribaba, casualmente, su desdicha!

Diversos pensamientos bullían en su cerebro y emociones distintas palpitaban en su pecho.

No era poca cosa, en verdad, el paso que iba a dar.

Siempre escuchó la voz de Hector como eco fraternal que se dolía de sus pesares, apreciando sus actos cual frutos del cariño.

¿Por qué no iba, en aquel su máximo trance, a darle una idea que fuese guía de sus pasos? ¿Acaso el hecho de no ser creyente le privaba de sana intencion?

Al traspasar los umbrales de la puerta y sentirse envuelto por aquella atmósfera de voluptuosidad, vino a su mente la insinuante imagen de Susana, alterando sus nervios, oprimiendo su pecho y dejando caer en su alma, cual gotas de un brevaje maligno, todo el fuego de sus miradas y todo el ardor de su existencia.

Esto fue momentáneo, pues a poco salio Hector a su encuentro, estrechándolo entre los brazos.

Hector, que no había visto al cura desde hacía algunos días, no estaba en cuenta de su estado, aunque se lo figuraba tan grave como al principio, o peor.

Fue el primero en romper el silencio con esta pregunta, que por su timbre cariñoso pedía una confesion:

—Y bien, hermano, ¿qué has resuelto?

—Nada aún, por lo cual vengo a tu lado, en teoría expiatoria, con el fin de que me des algún consuelo de magna virtud cicatrizante. Ah! Si supieras cuanto ha sucedido. Ya no es el ascua de la pasion lo que me consume, ni el volcán del amor lo que me reduce a pavesas. Lo que amarga mi vida es el oprobio de la caída y la negrura del pecado.

Y punto por punto narró a Hector los nuevos sucesos.

Quedó éste asombrado, preguntándose qué efec-

tos habría generado todo aquello en el ánimo de su hermano.

El padre Zabaleta continuó.

—Aconséjame, hermano mío. Señálame algo de buen resultado. No puedo vivir esta vida de impiedad. Mi abstersion se impone. Hazte el cargo de que soy un desconocido que ve en tí un médico del alma y se te allega para que tú, estudiando la etiología de los males que sufre la suya, le des una medicina.

—Imposible. Siempre tengo que verte como un hermano de quien no poseo resentimiento alguno y cuya ventura querría contemplar. ¡Ojalá dependiese de mí tu salud moral! Estarías sano y salvo, como si un agua lustral te hubiese bañado.

—Así lo creo; pero mi mal es uno de los que se hacen dueños absolutos del hombre, sin que éste pueda librarse de ellos. Son tales las condiciones de la vida que los hombres, aun viendo lo que les perjudica y queriendo desecharlo, no pueden hacerlo. Comprendo que el amor de Susana labra mi infelicidad; pero, sin embargo, la amo. Estoy resuelto, por otra parte, a hacer un sacrificio y a rogar a Jesús - Hostia, resplandor de la eterna gloria, que me envíe un Angel que deposite en mis labios el vino refrigerante de un eterno olvido. Pero ¿cómo olvidarla? ¿Qué medida adoptar para que de mi cerebro se borre su recuerdo? He aquí lo que quiero de tí.

—Pues bien, resuelve hacer un viaje.

—Y los asuntos de mi parroquia?

—Los dejas encomendados a otro sacerdote. Estás en un caso excepcional. Además, para efectuarlo puedes presentar un pretexto admirable: la publicacion de mi libro. Los escritos contra mí, el escándalo gene-

ral, han conturbado tu alma y alterado tu salud. Es justo, pues, que quieras reponerte.

El padre Zabaleta quedó asombrado ante la nobleza de Hector. Se le presentaba en toda su generosidad el hecho de que le hablaba. Ciertamente. El libro satánico e irredento de su hermano podía justificar su ausencia.

—Tienes razón. Efectuaré un viaje, a pesar de que es vergonzoso, para conmigo mismo, proyectar sobre tu nombre otras sombras.

—Oh! no. Por mí no te preocupes; que nada son para Hector Zabaleta palabras vanas, airadas protestas y anatemas crueles. Ese alud de odios lo hace permanecer de faccion, pensando con sinceridad de apóstol que su obra perdura a través de oposiciones y contrariedades y que, sobre los restos de muertos ideales, ante altares de dioses sin fieles y por sobre tradiciones que fueron juzgadas como invariables, se yergue, magestuoso, un haz de resplandores que ilumina las conciencias, bosqueja los lineamientos de un futuro distinto al pasado y al presente y borra mandamientos infecundos e inaceptables.

Así, pues, obtén una licencia y has el viaje, para ver si curas, ya que te has empeñado en cumplir un juramento que no tiene razones de existencia ni en los campos de la historia ni en la propia personalidad humana.

El sacerdote, entristecido y con un abatimiento inmenso, se despidió de Hector, llevando íntima conviccion de que pronto, mediante el socorro del cielo, marchitaríanse en su alma las rojas flores del amor.

Hector experimentó, al verlo partir, ingenua sa-

tisfaccion, pues pensaba que habiendo llegado la hora de salvarlo procedía a hacerlo.

Y en su mente fulguró un resplandor que presentó a sus ojos la tempestad producida por su libro y las nuevas injurias que el viaje del sacerdote haría que le fuesen irrogadas, desde luego que la causa aparente era la novela en cuestion. Empero, pensó que eso, como todo, debía ser apariencia, y sólo engañosa apariencia.

XX.

XX

Cuando el padre Zabaleta se encontró en la calle, refrescado por el aura de la noche y aspirando a pleno pulmón brisas del Avila, respiró con libertad.

Llevaba despejada la incógnita, resuelto el problema: su partida estaba dispuesta.

A medida que caminaba aclarábase en su cerebro la vision de todo, permitiéndole juzgar el resultado de la conferencia.

Ahora apreciaba más aún la sinceridad de Hector y la nobleza altísima de su corazón, que, ansioso de calma para el hermano adolorido, quería arrojar sobre sí mismo cuanto se dijera.

Realmente, al salir de la capital el sacerdote, todo el mundo atribuiría su marcha al dolor experimentado por la reciente publicacion, como que nadie estaba en cuenta de la verdadera causa.

No habría caminado mucho cuando oyó detrás de sí pasos ligeros y palabras pronunciadas en voz baja. Detúvose y vió pasar a su lado, casi rozándole, dos personas que iban juntas, una al lado de la otra. As-

piró un perfume penetrante que le recordó a Susana. El olor evocador, la falda crugiente, todo fue para él fuente de ingratos recuerdos.

La pareja se fijó en aquel sacerdote que en hora tan avanzada cruzaba las calles y pasó de largo, tratando de que no la descubriera y perdiéndose al fin en las sombras de la noche.

Desde hacía algún tiempo no asediaba al padre Zabaleta el torpe llamamiento de la carne, pues consagrado a hacer penitencia apenas si le quedaba tiempo disponible para algo que no fuesen sus labores místicas.

Desde la última vez en que había visto a Susana y poseídola, esquivaron sus ojos volver a contemplarla por temor de que pudiese revivir el no extinguido fuego y sumirle de nuevo en el pecado, ignominia de su apostolado y torcedor perenne de su espíritu.

Por consiguiente, sus esfuerzos debían tender a efectuar lo concertado.

Estaba convencido de que en cualquier punto en que fijase la vista solo hallaría un dolor.

Con tal motivo se decía:

Será, sin duda, que Hector me ha contagiado ya su concepcion de la vida e inoculado, por decirlo así, el virus de su análisis; pero es lo cierto que veo la verdad de sus afirmaciones. Y yo que me creía tan feliz con el amor de Susana. ¿Cómo es posible ¡oh, Dios mío! que la existencia sea para este pobre sacerdote un cauterio permanente? Tú, que eres Maestro de la Verdad, consuelo del afligido, refugio del pecador, centinela del desgraciado, puerto de salvacion para el náufrago, ¿por qué me dejas de tu mano? Mi falta ha fincado en la paupérrima condicion humana, que

es impotente para sobrellevar las cosas con valor. Despues de todo, al contemplar la iniquidad en que me hallo sumergido pienso que, como afirma Hector, solo hay en nuestras acciones una apariencia de libertad. Por otra parte, ¿no será cierto, asimismo, que todos los sucesos de la vida, buenos o malos, son necesarios? Me pierdo en un piélago de delirios. No sé qué me sucede. Mi pobre cerebro, desconcertado, no atina a hacerse un razonamiento claro.

Sin embargo, en lontananza percibo, como un postrer asilo, como una suprema razón de mi vida, como un desideratum favorable, ese viaje que devolverá a mi espíritu la augusta calma de pasados días. Lo considero de prodigiosa y decisiva influencia para mí. Viendo tierras nuevas, tratando gentes que no puedan penetrarse de mis sufrimientos, recibiendo emociones desconocidas y rogando a Dios desde la inmensidad del océano, puede que se restaure mi personalidad psicológica. Cuando me vea lejos de donde tanto he padecido y otras palabras hieran mis oídos, sentiré algo nuevo y saludable. Entonces compararé los pesares que he sufrido con los instantes fugaces de dicha y veré que solo en el olvido, en el absoluto olvido está la clave de la felicidad. Con razón ha dicho alguien que recordar es sufrir. Ahora, que estoy próximo a partir y a dejar lejos la madre que me llevó en su seno, el terruño que me vió nacer, la casa donde crecí, los hermanos con quienes jugué en mi primera edad, las calles y paseos que recorrí en mi infancia, sufro un verdadero relajamiento interno, compensado solamente por la esperanza de que al cabo tendré paz. ¡Permita la Providencia que sea cual la necesita mi espíri-

tu: al amparo amable y benéfico de la Fé, la Esperanza y la Caridad!

El padre Zabaleta llegó por fin a su casa.

Una vez en su habitacion abrió la ventana que daba al jardín, la misma en que le vimos reclinarse en noche memorable, y quedó allí pensativo.

Despues de permanecer en ella muy largo rato, acodado, contemplando el cielo estrellado, que inundaba su alma de una admiracion y un respeto siempre crecientes, lo mismo que los fenómenos del espíritu, como decía el filósofo de Kœnigsberg, se retiró a descansar, que bien requería reposo su organismo.

Cuando un sueño profundo lo dominó, al cabo de haberse vuelto y revuelto en el lecho, quedose dormido apoyando la cabeza en la diestra, como si quisiese señalar la fuente del sufrimiento humano.

Ah! Su siniestra debía haber señalado, si posible hubiese sido, el corazón. Entonces el símbolo habría estado completo. De una parte, el cerebro, complicado mecanismo que funciona bajo la presion de su estructura, de la constitucion primaria de sus células, pletóricas de herencias diversas e imprescriptibles; de otra, el corazón, entraña que con cada palpitacion sumerge al hombre en un pozo de dolor y que, sensible en extremo, es herida a cada paso.

El sacerdote debía mostrar los dos centros generadores de contradiccion y dolor y, por tanto, odiosos. Centros cuyo aniquilamiento o, a lo menos, reduccion al estado en que se hallaban en el primitivo clan étnico, es lo único que podría proporcionar al hombre una felicidad relativa.

XXI.

XXI

Luego que Susana se entregó al padre Zabaleta sintió nuevo ardor devorando su sér.

La pasion del sacerdote, que en el confesonario, como ante los altares, o en su casa, había sido siempre externada de manera formidable, la enloquecía y era para ella señuelo profundo.

Desde que se vió en sus brazos, herida por la centella de sus labios, hasta que se alejó de él llevando el recuerdo imperecedero de los momentos pasados a su lado, no cesó un instante de reconstruir la escena verificada. Pensaba repetirla siempre que pudiese, porque cuando algún placer no común se presenta a uno debe aprovecharse, so pena de nunca más saborearlo.

Sin embargo, por sobre la absoluta satisfaccion que había experimentado cerníase actualmente algo inexplicable que la hacía pensar en cosas dolorosas. Existía un no sé qué de amenazador que la tenía preocupada.

Sucede a veces, sin que la ciencia pueda explicarlo bien y sin que sea preciso, tal vez, buscar la causa fuera de las leyes naturales de la vida animal, que el sér humano ejercita una especie de clarividencia, predisponiendo su ánimo hacia tal o cual cosa.

Susana, desde hacía algunos días, sentía algo extraño pesando sobre ella y no acertaba con lo que fuera.

Doña Antonia siempre buena y complaciente para ella; la renta de que vivían sin sufrir disminucion alguna; sus relaciones con Henrique inmejorables; sus amores con el padre Zabaleta en progresion. No había, pues, lugar a desazones de ningún género, desde luego que en los papeles por ella representados no hacía sino poner en juego la *vis cómica* de que tan admirablemente dotada se halla la mujer.

Despues de pasar así algún tiempo quiso ver de nuevo al sacerdote.

Se compuso lo más gallardamente que pudo cuando fue a efectuarlo.

Por el camino se esforzaba en dominar su ansiedad, sin lograrlo.

A cada paso le parecía estar al lado del joven sacerdote, jugando con los rizos de su cabellera, mirándose retratada en el fondo de sus pupilas y aspirando el mismo aire que aspiraba él.

Se había convertido en una autómata.

La renovacion de cuanto había pasado constituía para ella algo vital, como la circulacion de la sangre, como las funciones respiratorias.

Había sabido frecuentemente del padre Zabaleta en los días subsiguientes a la conjuncion de sus afectos.

Además, le había visto en el templo y encontrádole muy mucho enflaquecido.

El último día en que lo vió sorprendióse con su quebranto. Sus mejillas demostraban una desasimilacion constante, la mirada un pensamiento sombrío, graves insomnios las ojeras.

Susana estaba, al contrario, cada vez más encan-

tadora. Sus contornos delineados con perfecta precision, resplandecientes de deseo sus ojos, sus mejillas sonrosadas por un hálito de amor, las caderas ostentando una curvatura soberbia, prometedora de goces inacabables.

Lo que Susana menos podía figurarse era que la puerta del sacerdote le estuviese cerrada; así fue que cuando supo por Teresa la orden del padre Zabaleta, quedó sorprendida, tomando semejante nueva como corolario de lo que presagiaba.

Regresó recriminándose el haber ido en solicitud del cura, cuando era él quien debía buscarla. Sin embargo, en el fondo lo excusaba, a causa del afecto que ya sentía por él, lo que le hacía ver que no podía obrar con la libertad apetecida. Tambien pensaba que aquello tendría por causa, quizá, la publicacion de Hector y, entonces, era otra la clase de ideas que la asaltaban. Con todo no hacía sino rendir parias a la aspiracion humana de explicar favorablemente cualquier suceso que nos turbe.

Entre las muchas razones de mal augurio que podía darse, buscaba la menos amarga y peligrosa.

Debía, entre tanto, adueñarse de su persona, porque dentro de poco se vería con Henrique, que, sumiso, iría a pasar junto a ella ratos de agradable *flirtacion.*

Trabajo, y no poco, le costaba adquirir su predominio. ¿Cómo era posible que el padre Zabaleta no quisiera hablar con ella, si a sus pies, en sus brazos y doquiera se había mostrado como un enamorado sin medida? No se borra en un minuto un pasado de felicidad. No se desarraigan del corazón y del alma, en un segundo, recuerdos infinitos de dicha, de horas en las cuales se ha visto retratado en el fondo de unas

pupilas todo un edén y saboreado en unos labios caldeados por la pasion todas las mieles de la vida.

Cuando llegó a su casa buscó un pañuelo del sacerdote, que estaba impregnado de su perfume preferido y que ostentaba sus iniciales. Sumergió la cara en él, aspiró el fugitivo olor, lo mordió con rabia, queriendo hacerse el cargo de que era el dueño, lo que solo sirvió para aumentar su intranquilidad, porque para ella, acostumbrada a no tener contratiempos de ningún género y a hacer siempre su voluntad, lo que le sucedía era terrible. Pensó escribir al sacerdote una carta en la cual se deslizaran sus palabras como un límpido arroyuelo; que tuviera expresivas audacias y dulzuras deliciosas; que fuera como eco lejano de un amoroso reproche. Aquella carta debía ser uno como resumen de todo, desde las primeras confesiones hasta la posesion absoluta y debía llevar en sus rasgos el sello evidente de la pasion que enardecía a quien la había escrito.

Se preguntaba Susana tambien si no estaría en presencia de una de esas coincidencias que, enlazándose a otras, producen sucesos que parecen muy meditados.

Ella, que hasta la fecha había sido indiferente, estaba interesada en estos amores, pues su vanidad de mujer se sentía adulada viendo la imposibilidad moral de ellos y el abismo existente entre los dos.

Con raro fuego lo perseguía, y estaba lejos de pensar que pudiera, algún día, acabar, sin convencerse de que "el amor tiene en sí el presentimiento de su fin" y, como las cosas todas de la vida, sólo es una vaporosa ilusion que pronto se disipa al soplo caliginoso de la realidad.

SEGUNDA PARTE

I.

I

El viaje del sacerdote fue para todo el mundo una sorpresa y acrecentó el encono contra Hector y sus libros.

Por doquiera se levantó un rumor apasionado que, ensordeciendo la República de un extremo a otro, le llegaba expresado en virulentos escritos, en los cuales su nombre, arrastrado por el fango de la vergüenza pública, era calificado con los peores dicterios y presentado como sinónimo de corrupcion y tendencias a pervertir los jóvenes cerebros.

Empero, ninguna de tan adversas manifestaciones le hirió, porque él, según frase de un autor ilustre, había reducido los lazos sociales a su mínimun, en su condicion de pensador.

Lo único que sintió fue que doña Carmen, sugestionada, le manifestó claramente su disgusto. Al escuchar, de labios de ella, amargas reconvenciones, necesitó de todo su carácter para no decir a la pobre señora la verdadera causa de aquel viaje, pues habría sido para ella más doloroso aún, por ver en su hijo un

admirable ministro de Dios, poseído completamente por la santidad augusta de su mision.

Luisa y Jorge tambien estaban resentidos con él.

El poder absorbente del fanatismo había llegado hasta a herir al escritor, debilitando los vínculos que le habían unido a su familia hasta entonces.

Susana veía tambien en él el motivo del viaje del sacerdote y lo envolvía en odio reconcentrado.

Según se propuso hacerlo, había escrito al padre Zabaleta; pero éste le devolvió la carta sin leerla. ¿Por qué? Lo ignoraba. A pesar de todo, su furor no iba contra el sacerdote, sino contra el escritor.

Hasta Henrique Gogorza, el querido amigo, el invariable compañero, estaba cambiado, pues cuando tuvo lugar la entrevista en que Susana le probó con lágrimas, palabras y hechos que era firme a toda prueba, creyó que Hector había mentido; creencia que vino a ratificar la ausencia del sacerdote. ¡Quién sabe qué desconocidos proyectos guiaban a Hector al proceder como lo hacía!

En tanto que cualquier acto ajeno no nos hiera, lo creemos a pie juntillas; pero si desgraciadamente lo hace, comienza en nosotros una serie de voliciones que tiende a dar al hecho una explicacion satisfactoria.

Hector había quedado en el abandono de todos, hasta de los seres que le eran más queridos.

Un día en que estaba leyendo los ataques de un insulso periódico avisador de cierta ciudad lacustre, oyó tocar a la puerta y vió que el cartero dejaba correspondencia. Al tenerla en sus manos reconoció en una cubierta la letra del hermano ausente.

Por fin iba a saber de Ernesto; a ver cómo se

hallaba su corazón; a conocer la influencia de la separacion.

No obstante ser individuo que permanecía grave e impasible ante importantes sucesos de la vida, se emocionó al romper el sobre. ¿Qué diría Ernesto? ¿Qué lenguaje emplearía? ¿Qué trasmision de sus sentimientos habría hecho al papel? Y comenzó la lectura.

Hermano.

Ah! Esta palabra, así, sola, sin que ningún adjetivo usual la acompañase, le hizo profunda impresion. En ella parecía resumido un cúmulo de pensamientos. Era como una expresion de solidaridad y recuerdo. Se detuvo algunos momentos, pensando en la actitud que habría tomado Ernesto al estampar la hermosa palabra y recordó las escenas del camino de Macuto y del cementerio de Maiquetía. Era la misma palabra pronunciada por él con entonacion inolvidable.

Hermano: *A quien llevó en su seno la misma mujer que a mí y cuyo ubérrimo pezón lo alimentó, va dirigida esta carta, con el anhelo ferviente de que su cerebro reconstruya nuestras conversaciones y de que su corazón lata al unísono con el mío.*

Acabo de llegar a suelo extraño. A nadie conozco. A ninguna persona puedo tender la mano. Mi alma vuela hacia la tierra natal, hacia mis paternos lares, hacia el viejo solar, como aterida tortolilla, que busca el nido abandonado y distante.

Necesito hacer de alguien el confidente de mis penas. Mi espíritu reclama, a voz en cuello, que externe sus dolores. Y ese alguien no es otro sino el hermano por todos combatido; el hermano cuyo nombre ha sido

vilipendiado, porque él es quien únicamente puede consolarme.

Inútil es hablarte del dolor infinito que desgarraba mis entrañas al partir de Caracas.

Desde la visita de Susana, que no recibí; desde la devolucion que le hice de su carta, sin leerla, hasta ahora, cuántos sucesos han pasado!

Aun me parece mirarme, en medio de mi madre y de mi hermana, camino de la estacion.

Nublados se hallaban nuestros ojos, nuestros pechos palpitantes, desfallecidos nuestros seres ante la próxima separacion.

Y lo más doloroso para mí era que, en el fondo, solo estaba representando una tristísima comedia.

Despues que nos separamos, cuando miré cómo se alejaban de mí, fue que vine a darme clara cuenta de todo.

Por fin iba en busca de tranquilidad a un lugar desconocido.

El silbido del tren resonaba en mis oídos fúnebremente. Por fortuna mi departamento estaba casi solo, lo que me agradó sobremanera, pues habría sido para mí un nuevo disgusto encontrarme con algunos compañeros locuaces en momentos en que mi estado requería el aislamiento y el silencio.

Cerraba los ojos; pero de pronto los abría nuevamente deseoso de ver a Caracas por última vez.

A su solo nombre surgían en mí los recuerdos, renovando la serie de mis males y martirizándome con crueldad.

Veía, de lejos, los edificios, las plazas, las calles, las arboledas cercanas a la Capital. Todo me impre-

sionaba profundamente, pues cada detalle me evocaba algo, ora de mi vida pasada, ora de la presente.

Pero no es esta, hermano, la impresión más fuerte recibida por mí. A mi llegada a La Guaira me esperaba el recibimiento de Jorge y su familia, el recuerdo de todo lo sucedido y el escuchar cómo eras duramente calificado, sin que yo pudiese hacer otra cosa, ante ellos, que rogar a Dios por tí.

Todo pasó, el dolor siguió su curso implacablemente y yo. pobre sér perdido en el dédalo de la miseria humana, impotente hombre atado al peñón abrupto de la desgracia, tomé mi pasaje y allá, en la soledad del camarote, escuchando las olas batir el costado del barco, me senté a los bordes de la litera con la cabeza entre las manos.

Entre tanto, mi pensamiento había asistido al zarpar del buque. Mentalmente había visto esfumarse en la brumosa lejanía las amadas costas de La Guaira. Poco a poco íbanse perdiendo los contornos de las cosas. Iban desapareciendo las casas, cocoteros, trenes, faro, malecones. Por último, perdí de vista el ramal soberbio que separa a Caracas de La Guaira.

Un suspiro escapó de mi pecho y subí sobre cubierta.

Ninguna frase hay que pueda aplicarse en todo caso. Esta evocacion de los años de mi vida me hizo comprender que no siempre exhalan en el espíritu los recuerdos de la edad virgen un perfume fresco y benéfico, como afirma un psicólogo notable. Hay oportunidades en las cuales más bien nos sumergen en un mar de melancolía sobre el que flotan, como símbolo de algo incierto, las flores de loto de los Misterios antiguos.

Y despues de todo, preguntarás, qué resultado favorable ha tenido el viaje.

No sé si será por la cantidad abrumadora de emociones y sensaciones que he experimentado desde mi llegada aquí, que me hallo mejor de mi locura.

En mi espíritu se han perfilado nuevas formas de vida que tienden a borrar el recuerdo de Susana.

Ah! No querría ni nombrarla, temeroso de que renazcan ideas que deben morir.

Mi nuova vita, *como alguien ha llamado la reconstruccion moral de un sér, creo que podrá curarme con el auxilio de Dios, a pesar de que enfermedades mentales que han tenido su período incubatorio y llegado ya a su completo desarrollo, no se extirpan fácilmente.*

Las enfermedades del espíritu, tan desconocidas en todos los casos, tienen su profilaxis, que, cuando es descuidada, produce fatales resultados, cual ha sucedido en lo que bien puede llamarse el caso clínico de mi alma.

Espero, espero, que es la Esperanza el mayor de los consuelos en los trances supremos.

Y con otros párrafos de igual colorido concluía aquella carta, escrita bajo la inspiracion de la más pura sinceridad.

Cuando Hector la guardó, despues de releerla, se sintió atraído de manera insólita hacia aquel pobre hermano, tan digno de mejor suerte, y que había probado la hez de amargura de la vida, sin tener siquiera la facultad de romper heroicamente los lazos que lo ligaban a la Fatalidad.

II.

II

Doña Carmen y Luisa habían recibido, asimismo, noticias del viajero. ¡Pero cuánta diferencia en ellas!

Venían envueltas en un ropaje consolador que hacía concebir a la señora esperanzas sobre su pronto restablecimiento.

Al saber que sus quebrantos habían disminuido y que estaba en vías de pronta curacion, experimentó profunda satisfaccion.

Aquel hijo querido, consagrado al sacerdocio, era el encanto de sus días. Por tanto, verle enfermo, triste, eran penas que le partían el corazón.

¿Sería posible que despues de tantos esfuerzos en obsequio de su carrera viniera una enfermedad a arrebatarle la existencia? Y entonces, con nervosidad creciente se presentaba el pavoroso cuadro. Miraba al amado exangüe, con las manos descarnadas y sudorosas, moribundo, oprimiendo en la diestra un crucifijo y envolviéndola en una mirada de dolorosísima despedida. Eran sufrimientos superiores a lo que podía resistir. Y todo ¿por qué? Por un miserable libro que

a nada tendía, como no fuese a perturbar la sociedad; que ningún mérito encerraba, como no fuera un estilo algo brillante, según se decía; que nadie aplaudía, sino los locos al igual de Hector. No podía ser. Aquel hijo escritor tenía que recibir, en cualquier momento, algún inexorable castigo. Hé ahí derrumbado por un libro malévolo el ensueño de su vida; hecho pedazos el ideal de su existencia; disipado por siempre el porvenir del sacerdote.

No se cansaba de pensar en los pasados años, cuando ella misma señalaba a Ernesto la senda que debía trillar.

Reconstruía con lujo prodigioso de detalles todas sus luchas en favor del hijo que sería orgullo de la familia, consuelo de sus pesares y esperanza nobilísima de su vejez.

Sus plegarias subían a lo Alto con fervor infinito, expresion genuina de un corazón maternal que solo hallaba refugio saludable elevando el alma hasta el Padre que enjuga todas las lágrimas, sana todas las heridas y vela por cada uno de sus hijos, según cree el candoroso y feliz cristiano.

Luisa le hacía ver que por aquella carta podía comprenderse que Ernesto estaba mejor, pues la travesía y los nuevos aires le habían restaurado.

En los mismos días subió Jorge a Caracas, robando a sus ocupaciones escaso tiempo, con el fin de hacer algunas compras.

Al estrecharle entre sus brazos rompió en llanto doña Carmen, pensando en el predilecto.

Largo rato lloró, reponiéndose al cabo.

Entonces Jorge habló con ella largamente, dolién-

dose de que en la familia hubiera quien fuese causa de desazones sin cuento.

Despues que trataron, meticulosamente, sobre muchos asuntos, fue Jorge a dar en ciertos particulares de su venida a la capital.

Habían sufrido una baja algunos cereales que, dentro de pocos meses, subirían nuevamente y quería pertrecharse de ellos, pues tendría ganancias de cincuenta por ciento en esa magna evolucion. Y entonces se extendía en una larga y luminosa conferencia sobre los meses de mayor venta para el queso, el papelón etc., y sobre los proventos que se proponía obtener próximamente. Su espíritu, adscrito a los límites del mostrador y a los olores de la pulpería, se enorgullecía al ver que causaba admiracion con sus transacciones de primer orden y con la intuicion de financista con que lograba averiguar el precio medio a que se venderían en tal época, por ejemplo, el maíz y la manteca.

Y daba más fuerza a sus palabras accionando con las manos, unas manazas agrietadas, bastas, como de hullero, cuyas uñas estaban siempre orladas de negro; manos que por gallarda emulacion hacia la cara y el cuello, exudaban materias grasas, lo mismo que ellos.

¡Santa y noble vida, que se deslizaba mansamente del estrecho salón del despacho al cuarto de su fecunda esposa, de este al oratorio y de aquí al corral, donde vivían, en íntimo consorcio, varios cerdos, un jumento, una vaca lechera y no pocas gallinas!

Para Susana tambien había sido el viaje del sacerdote un golpe mortal y vino a tener noticia del ausente por medio del nuevo cura de la parroquia, que, por cierto, no era venezolano, lo cual disgustaba en extremo a los fieles, quienes veían en él uno de tantos

clérigos extranjeros que vienen a esta tierra a apoderarse del sustento de sus hijos, ya que ellos han sido, por distintas causas, aventados lejos de su patrio suelo.

Susana resolvió averiguar el lugar adonde había ido y el tiempo que permanecería fuera del País.

Como no le había proporcionado ningún disgusto, creía que para que procediese así con ella debía existir alguna razón de peso.

Su pensamiento vagaba en pos de explicaciones para lo sucedido; pero no acertaba con una que fuese lo suficientemente clara para ser aceptada. Tal vez el sacerdote se había figurado que estaba descubierto y quería alejar toda sospecha para volver luego a su regazo.

En fin, el tiempo le daría explicacion.

Lo que sí le llamaba ahora la atencion era un cambio que observaba en Henrique. Desde hacía muchos días, es decir, despues de la partida del sacerdote, estaba más alegre y decidor que antes.

El, por su parte, había sorprendido en ella momentos de silencio, cual si su pensamiento se hallase lejos; pero en el fondo los consideraba como originados por hallarse a su lado.

Con la verdadera transformacion sufrida por él no le era dado, como antes, efectuar un análisis de los sentimientos de ella. Cuando llegó a su lado iba con el firme propósito de pasar ratos de intensa voluptuosidad y despues retirarse, sin contar con que se vería atado por el *odor di femina* que emergía de ella, como de un ánfora desbordante de turbadores perfumes.

El padre Zabaleta no pensaba, en su alejamiento,

que era el centro de un círculo alrededor del que giraban los pensamientos y conversaciones no solo de quienes próxima relacion tenían con él, sino de todas sus seráficas ovejas abandonadas.

Sufría con evangélica humildad, abrigando la esperanza de regresar sano de aquella lepra que había corroído su alma y secado en ella las fuentes de la virtud, haciéndole olvidar sus sacrosantos deberes sacerdotales.

III.

III

Desde su salida de Caracas no había vuelto el padre Zabaleta a decir misa, ni a confesar; así fue que cuando un sacerdote amigo lo invitó cortesmente a que fuera al templo al frente del cual estaba y oficiara en él, se alegró muchísimo, pues comprendió que podía ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa en aras del ideal perseguido.

El día en que iba a concurrir quedó fijado de antemano entre los dos y dió la coincidencia de que fuera un día de fiesta en el cual, precisamente, llevaría la palabra el invitante.

Ernesto, por un rasgo de natural cortesía hacia aquel atento clérigo, aceptó esa determinacion, aunque en el fondo no le complacía por el hecho de no ser un día de labor. Temía mucho lo que puediera evocarle recuerdos del pasado.

El padre Micheli le había invitado tambien a almorzar con él y, al efecto, hizo preparar un suculento almuerzo, pues era partidario de las buenas comidas

y los reconstituyentes vinos. Nada le seducía tanto, despues de sus funciones eclesiásticas, se entiende, como una mesa bien provista.

El padre Micheli estaba en cuenta de que el viaje del padre Zabaleta era un viaje de salud y deseaba proporcionarle alguna distraccion, porque en su memoria estaban impresas las atenciones de que había sido objeto en Caracas, por parte suya, en una visita accidental que hizo a esta capital sud-americana.

Hallaba al amigo tan distinto, que no acertaba a explicarse qué mal podía ser el suyo.

A pesar de todas las preguntas que para satisfacer su ingente curiosídad le había hecho, solo obtuvo por respuesta que era una alteracion nerviosa profunda, la cual tenía como una de sus manifestaciones un insomnio permanente y casi invencible, si no era atacado por el cloral y otros narcóticos que, por constitucion especial de su organismo, le producían diversos males.

Muy temprano llegó el padre Zabaleta.

La misa que iba a decir era antes de las siete.

Cuando se vió en la sacristía, cubierto con los ornamentos del caso, no pudo menos que recordar su templo abandonado y sus ideales truncos.

Poco antes de dirigirse al altar se perdió en una infinidad de recuerdos.

Aunque aquella basílica era más espaciosa y elegante que el templo representado por él en Caracas, halló semejanza entre ambos.

Despues se fijó en un confesonario próximo que, por rasgo cruel del acaso, era exacto, o muy parecido, a aquel en que Susana había escuchado de sus labios, piadosamente, toda una apasionada revelacion de amor.

El padre Zabaleta estuvo a punto de decir a su amigo

Micheli que un accidente le privaba de oficiar; pero, haciendo un esfuerzo e invocando el auxilio de Dios Todopoderoso, logró reponerse y comenzar la misa.

Sintió otra nueva conmocion cuando se volvió hacia los oyentes para decir *dóminus vobiscum,* pues recordó el día en que Susana no fue al templo, la intranquilidad que él sufrió por ello y cómo recobró la calma al verla llegar con su madre en ese momento.

Cerró los ojos sin darse cuenta y la vió frente a sí, dejando caer sobre él, con poder fascinante, el fuego de sus ojos, que calcinaba su corazón, incendiaba su espíritu y hacía recorrer su cuerpo, de cabeza a pies, por una lujuriante crispacion.

El día transcurrió apaciblemente para aquel bondadoso cura, quien no pudiendo penetrar el misterio del joven sacerdote venezolano, se convencía de que realmente estaba muy enfermo y extrañaba que le hubiesen dejado emprender ese viaje solo.

La fiesta tuvo lugar en la noche, de las siete a las diez, y en ella experimentó Ernesto nuevos sufrimientos, porque las luces, los adornos, las flores, las mujeres y hasta el tema mismo del sermón fueron parecidos a las fiestas que él llevaba a cabo en Caracas y no faltó más de una dama emperifollada que, con sus movimientos, miradas y perfumes, le recordase a Susana.

Al regresar a su casa en el cochecito del padre Micheli, iba pensando qué ningún consuelo había experimentado en medio del bullicio, entre el tumulto humano, continuando una vida intelectual y rozándose con personas cultas.

Y se decía:

¡Qué desgracia! ¿Dónde será, Dios mío, que podré hallar sitio propicio a la paz del espíritu? ¿Es-

taré condenado a ser un eterno supliciado que vague del uno al otro lado, herido siempre por el destino?

Cuando el sueño plegó sus párpados y le hizo disfrutar de algún reposo, podía decirse que era feliz, por que entonces dejaba de martirizarle el recuerdo.

Pasado el siguiente día pensaba ir a un campo cercano, cuya tranquilidad había escuchado ponderar y cuyas sementeras y arboledas deseaba conocer, lo mismo que las claras aguas de un río que fertilizaba esas comarcas.

Necesitaba tambien ponerse en contacto con la madre eternamente joven, la providente Naturaleza.

Quería echarse en sus benignos brazos, siempre dispuestos a amparar la harmónica compenetracion universal, y recibir un aliento de vida sana, porque en días como esos, llenos de un encanto vernal, bien podían celebrarse, con esotérica liturgia, tan anhelados desposorios.

IV.

IV

El sol lucía esplendorosamente, lanzando sus rayos sobre la haz de la tierra que parecía estremecerse en un espasmo generador.

Las tiernas avecillas elevaban al espacio el harmonioso concierto de sus trinos.

Por todas partes se contemplaban flores silvestres que, con sus matices versicolores, simulaban un bello jardín. Azules, blancas, rojas: una admirable variedad.

De la tierra subía un olor peculiar, resultado de la humedad del rocío.

Por doquier podían aspirarse aromas selváticos.

El verde estaba en todo su esplendor.

El rocío, en las sumidades del trigo, fulgía, semejante a miriadas de diamantes, y obligaba a doblegarse bajo su peso innumerables espigas.

Las trepadoras invadían los rincones no cultivados.

A lo lejos, en el brazo de un árbol, un cuervo, en

actitud de volar, calentaba al naciente sol sus alas entumidas.

Los campos, sembrados por todos lados, denotaban la tarea edificante del trabajo y el amor con que eran cultivados.

Siembras inmensas y variadas se extendían en terrenos ilimitados, saturando el espíritu de nobles ideas campestres.

Las doradas mieses ocupaban trechos enormes, balanceándose majestuosamente al soplo amable de brisas primaverales.

De todas partes se escapaba una manifestacion vigorosa de triunfante fecundidad.

Lejos veíase, en las cabañas, el humo producido por las faenas domésticas y los cultivadores que salían en pos de sus trabajos, llevando bajo el brazo o sobre el hombro, las herramientas de labor.

Era una gallarda epifanía, hermosa como el amor, prolífica cual la naturaleza y siempre creadora, como la evolución misma del Cosmos.

El padre Zabaleta, que iba a campo traviesa, sintiendo su planta humedecida, aspirando el olor a retama y tomillo que llegaba hasta él, contemplando el desenvolvimiento de la vida, sentía un regocijo interno que le demarcaba una nueva ruta.

Contemplaba, admirado, aquella exuberante vegetacion que traía a su memoria la de su Patria; miraba con entusiasmo sublime la fortaleza de las sementeras y se sentía dominado por una atraccion hacia el campo y sus dulzuras.

Cada detalle inspiraba a su alma una idea nueva y hacía vibrar en su sér una fibra distinta.

Hasta sus oídos llegaban, entrecortados, los cantos con que los aldeanos distraían su marcha.

A pesar de haber experimentado relativa tranquilidad ante la extática contemplacion de aquellas bellezas, comprendió que tampoco allí podía hallar lo que anhelaba, porque por doquier era entonado un himno no sólo al trabajo, sino tambien al amor y a la procreacion de todo lo existente.

Y se decía:

He querido alejarme de la fatiga ciudadana y buscar en la rústica sencillez del campesino alivio a mi quebranto; he ansiado hallar sitio propicio a la calma del espíritu y a la serenidad del pensamiento. Nada es tan grato al alma, en verdad, como un baño de candidez, despues de sentirse uno enervado por el rudo embate de las pasiones y la carga abrumadora del pensar. He querido un día lejos de la ciudad y anhelado encontrarme próximo a una cabaña, porque sé cuánta bondad encierra. Por aquí no se piensa, no se lucha, no se ambiciona, o a lo menos, se hace todo esto en pequeña escala. Al contemplar a estas buenas gentes deploro que no me sea dado gozar de los bienes con que están favorecidas.

Ah! ¿Por qué esta lucha implacable y esta terrible sobreexcitacion? Es que la cultura engendra estados de alma llenos de inquietudes extrañas, poblados de peligrosos ensueños, de ideales imposibles, que abruman al pobre pensamiento, despues de producirle honda alteracion. El mayor mal que sufre el hombre es pensar y a fuerza de hacerlo ha alejado de sí la bondad, reemplazándola con un sentimiento incalificable. No puedo menos que envidiar a estos seres, para quienes no hay más horizonte que el cariño de sus familias, el cuidado

de algunos animales y el cultivo de sus campos. ¡Dichosos ellos, que pueden vivir la vida como debe vivirse, sin las preocupaciones de lo que se llama civilizacion y mirando, indiferentes, las cosas que a nosotros nos queman las pestañas y nos secan el cerebro!

A medida que iba desarrollando esa tesis en su soliloquio, fuese aproximando a un bohío en el cual ardía la leña en el fogón, lanzando en derredor vivos fulgores.

De pies ante una humeante olla y revolviendo lo que en ella se cocía, estaba una mujer de amplias curvas y desenvuelto movimiento. A su frente, sentado en un tronco, el padre de sus hijos bebía café a pequeños sorbos y dirigía amantes miradas a uno de los chicuelos, que, a sus plantas, jugueteaba con un perrillo.

La ingenuidad animaba a todos.

Queriendo el padre Zabaleta ver, más de cerca, la escena, se aproximó lentamente y se encontró con algo que tambien le encantó.

En un corral, construido con cercas de madera, un muchacho daba de comer a una porcion de aves domésticas, que lo rodeaban agradecidas y cariñosas, incapaces, cual los hombres, de pagar aquel bien con alguna felonía.

El ambiente, los rostros, los objetos, todo respiraba una inefable delicia, que esparcía en el espíritu un aura vivificante y una tranquilidad virgiliana, haciendo amar la vida en esos lugares cuando la guerra, abominable y maldita, no tala los campos, incendia las casas y puebla los caminos de cadáveres.

El padre Zabaleta, emocionado, exclamó:

¡Bendita vida, que permite saborear en paz, sin

odios, enconos ni desengaños, el pan gratísimo del trabajo, al amparo benéfico del amor y bajo el manto azulado de un cielo sin nubes, tan sereno como el alma de Jesús cuando fluía de sus labios, perpetuamente inspirados por la ternura y el perfume de todas las suavidades, el eternal consuelo que brindan las bienaventuranzas a los tristes de la tierra!

Empero, despues de todo comprendió que su amor renacía y que sus esfuerzos por extinguirlo eran infructuosos.

Solicitando calma en el viaje, en la vida social, en la campestre, en el bullicio, en la soledad, veía que no podía obtenerla en ninguna parte.

Sumido en grave desencanto regresaba en la tarde a su casa.

Creyó que por estar muy fatigado dormiría bien; pero tal creencia fue vana esperanza. Los dolores morales podían más que su fatiga en esos momentos.

No pudo conciliar el sueño y entonces delante de una mesa, con la frente apoyada en la diestra resolvió pasar las horas abismado en sus pensamientos.

Esa noche inolvidable reconstruyó todas las peripecias de su amor, todas las escenas de su vida. Hasta los más lejanos y minuciosos recuerdos vinieron a su mente.

Se doblegaba al peso de la inevitable fatalidad; se humillaba ante la crueldad desoladora del destino; se abandonaba al movimiento perenne de todos los dolores y todas las cosas.

Su voluntad desaparecía, siendo sustituida por una entidad moral que le hacía preguntarse si no sería mil veces preferible a todos sus combates en honra de su mision, a todas sus ansias de permanecer firme y

puro al pie de la Santa Cruz, entregarse a Susana y, en sus brazos, al fuego de sus besos y bajo la luz de sus ojos, gozar la vida o, mejor, someterse a la implacable *Fatum.*

Pensando en sus dolores sin fin, en la honda miseria de sus días, en la suma de horruras y desgracias que palpita en la vida, sentía una aspiracion hacia la noche eterna, hacia el olvido infinito.

Y se preguntaba por qué el vapor en que hizo su viaje no se había sumergido a lo profundo de los mares para librarlo, por fin, de tantos sufrimientos.

Entonces dudaba hasta de la bondad de Dios, que permanecía impasible contemplando su situacion, cuando uno de sus más bellos atributos es ser todo misericordioso.

Recordaba las palabras de Hector sobre el particular.

Sin embargo, el pensamiento que por sobre todo persistía en su cerebro era el del naufragio. Se sentía seducido por la vision consoladora de la muerte. Ah! Verse extendido, exánime, sin que diera un latido su mísero corazón, sin que produjera su cerebro un pensamiento, sin que en sus ojos resplandeciera la luz del sér: hé aquí la suprema dicha que podía aguardar.

Y recordaba la frase árabe que expresa, con toda la elocuencia de la resignacion muslímica, un íntimo sentido de las cosas: "Mejor se está sentado que de pie, acostado que sentado, muerto que vivo."

Sí, debía morir.

En un instante de clarividencia, como al influjo de una ignota sugestion, pensó en el suicidio, cual fórmula definitiva para sus males.

Un variado número de maneras de morir le asaltó.

Pensó en el veneno, en un arma de fuego, en un puñal, en despeñarse, en lanzarse a un río tormentoso. Y cada una de estas muertes aparecía a sus ojos.

Miróse tendido en el suelo, en medio de violentas convulsiones, amoratado, con las pupilas extraviadas y crispados los puños. Vióse luego bañado en sangre, con el cráneo destrozado, la masa encefálica a la vista, inerte. Despues se contempló con una herida y sintió la fuerza con que el puñal había rasgado su carne buscando el corazón. Miróse luego cayendo por el espacio, casi perdido el sentido y hasta escuchó el golpe de la caída y el crugido de sus huesos al desarticularse. Por último, se vió sumergido en el agua, tratando de buscar aire, pues se ahogaba, y levantando los brazos en actitud de pedir auxilio.

Estas visiones lo amedrentaron y en su organismo palpitó, por un latente residuo de animalidad, el instinto de la propia conservacion.

No obstante comprender que en la muerte podía hallar reposo absoluto, se resistía a dársela, poniendo de relieve la pusilánime condicion del hombre. Podía libertarse de todo con un simple acto; pero no tenía valor para ejecutarlo.

¡Pobre e inconsciente sér, abrumado por todas las abominaciones de la carne, por todos los espejismos del alma, por todos los engaños de la comedia humana!

Estaba en tan grave incertidumbre que cualquiera habría podido guiarle.

Se le ocurrió entonces, para recordar a Hector y tener el consuelo de sus consejos, leer de nuevo las cartas suyas.

Levantóse y se puso a buscarlas en el baúl; pero con la intranquilidad en que vivía ni siquiera sabía dónde estaban.

Las solicitó inútilmente, por lo que desistía ya de su empeño cuando tropezó con unos objetos que llamaron su atencion.

Al principio no los reconoció; pero de pronto, palideciendo, temblando, sometido a un tormento indecible, vió que eran un guante y un lazo de seda.

Por una viva asociacion de ideas comprendió que eran de Susana y los mismos que él había arrojado, la tarde de la posesion, en el fondo de un baúl, con intenciones de hacerlos desaparecer.

La causa de que estuviesen allí era de lo más sencilla: la buena Teresa, que fue quien ayudó a doña Carmen a preparar todo lo que el sacerdote llevaría para el viaje, no se atrevió a tocarlos cuando los vió.

El padre Zabaleta los tomó en sus manos y, ciego, delirante, los besó con furia, cual queriendo revivir instantes lejanos.

Por último, de las profundidades mismas de su corazón y su cerebro, de lo íntimo de su sustancia, de quién sabe dónde, le vino una idea luminosa que lo reanimó en parte y que descendió sobre él, árido terreno reseco por los dolores de la existencia, como el rocío de Hermon sobre los montes de Sion, nuncio de bendiciones y vida eterna.

Resolvió, bruscamente, volver a Caracas, al lado

de Susana, a quien consideraba como su numen tutelar.

Desde ese instante se apoderó de él, cual una locura, el deseo de encontrarse otra vez bajo la techumbre del cielo caraqueño, en medio de las brisas apacibles del Avila y en los sitios donde había crecido. . . . . .

. . . . . .

V.

V

Y, en breves días, Caracas recibió en su seno, cariñosa y tolerante, al vencido sacerdote, que volvía a su regazo, nuevo hijo pródigo del amor, fatigado peregrino destrozado por las zarzas del camino, en pos de calma para su espíritu y de alimento para su corazón.

Habíase persuadido al fin de que era un crimen poner diques a la naturaleza, siempre vencedora.

A poco reembarcábase llevando en su compañía a Susana, la bendita, para su corazón, entre todas las mujeres, la Reina y Madre de Misericordia, vida y dulzura suyas.

Como a su llegada a Caracas no se hallaba en ella Hector, pues un suceso imprevisto lo había obligado a ausentarse de la Capital en esos días, el padre Zabaleta le dirigió del Exterior la siguiente carta:

Hermano: Cuando uno se persuade de que la vida es implacablemente cruel; cuando se ve que la bondad divina es un mito; cuando el sér humano tiende las manos en demanda de un apoyo y no lo encuentra, se

siente una conmocion física y moral indefinible, que agita al hombre terriblemente y le produce un oscurecimiento total de la conciencia.

Entonces querría anonadarse, sumergirse en las tinieblas, en una palabra, no ser.

Más feliz se contaría en tales momentos si fuese una piedra, un árbol o una fuente.

Su pensamiento divaga, yendo hasta las fronteras de la locura, sin que nada, absolutamente nada, pueda impedirlo.

Ah! Son instantes que no pueden ser expresados por la pluma más elocuente, ni analizados por el más sutil filósofo.

Como que se agolpan sobre uno y se adueñan del yo *estados psíquicos dolorosísimos.*

Toda serenidad cesa en el pensamiento; toda luz fenece en la conciencia; todo fulgor se disipa en el alma; todo sentimiento se extingue en el corazón.

¿Qué sucede al hombre? Nadie puede explicarlo ni nunca podrá, quizá, saberse, ya que la relatividad del conocimiento lo impide.

Elevando el pensamiento a las más altas esferas de la metafísica, se observa, a poco, que caen por tierra todas las lucubraciones, al choque violento de ciertas verdades experimentales y, descendiendo a lo que está a nuestro alcance, vese tambien, con desencanto, que es posible probar lo contrario de lo que se palpa. ¿Cómo poder, pues, afirmar nada o negarlo?

Ah! Hermano mío, un calofrío recorre mi cuerpo del centro a la periferia y a mis ojos asoman las lágrimas, ansiosas por brotar, resistidas a permanecer ocultas y dispuestas a probar, una vez más, que Pulvis et umbra sumus.

Si te hablara de mis dolores; si te refiriera el éxodo de mi existencia; si te narrara las luchas de mi espíritu; si ante tu vista pusiera los detalles de cuanto ha sucedido ¿qué sería ello sino una redundancia para tí, que posees vasto criterio y tienes, por consiguiente, la razón suficiente de lo que para la mayoría es inescrutable?

Tú posees, hermano, la clave de las cosas sucedidas. Para tí, lo que he hecho ha sido por estar sojuzgado por el poder triunfante de eternas leyes.

La integracion y la desintegracion que tienen por campo de actividad el universo, son las causantes de todo, pues aunque nos hagamos la representacion de obrar por propia cuenta, no son nuestros actos sino resultado irrevocable de ellas.

Mi regreso desesperado a Caracas, mi fuga con Susana, el engaño en que he envuelto a la sociedad, la falta de compasion a mi familia, el finis *de mi carrera eclesiástica, resultados son de lo inevitable, de lo que se cierne sobre la humanidad invenciblemente.*

Hermano: Bien sé que algún día, que es probable no esté muy distante, se extinguirá en mí el amor que me hace ver en Susana el complemento de mí mismo; pero cuando llegue ese día quizá yo esté próximo a la muerte o pueda, en cualquier sentido, hallar otra vía que recorrer con alguna tranquilidad.

Y si esto no sucediese, como tambien es factible, quedará justificada la creencia que tengo de que es el hombre el sér más desdichado, por llevar en el cerebro la luz del pensamiento.

FINIS

Se terminó de imprimir en la
Litografía del Comercio,
de Caracas, el 26 de
Septiembre de
MCMXIII

NATURA RENOVATUR INTUS